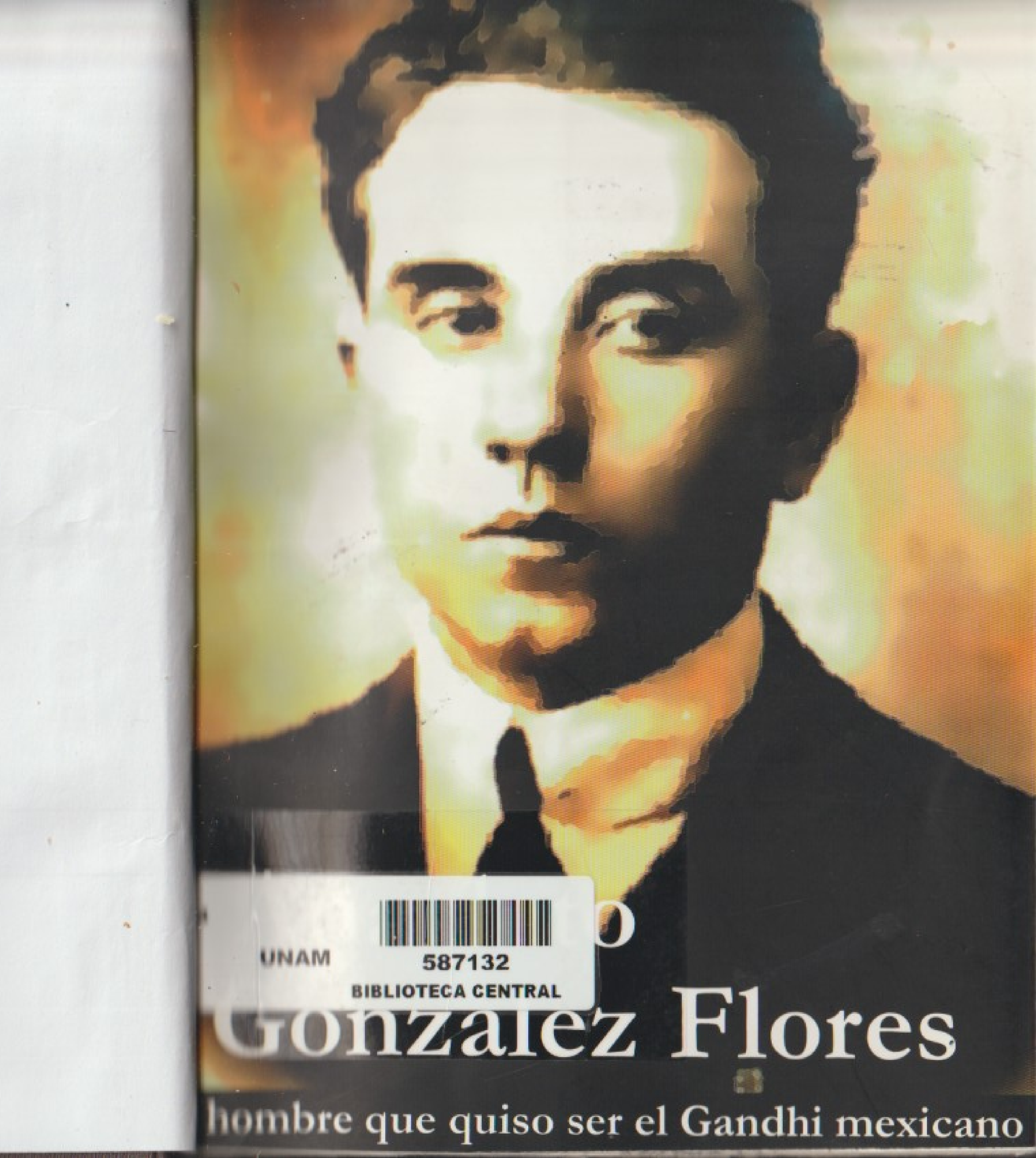

González Flores
hombre que quiso ser el Gandhi mexicano

Anacleto González Flores

(1888–1927)

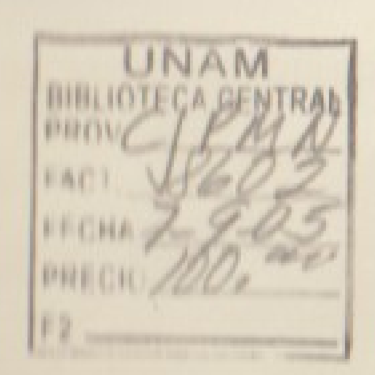
El hombre que quiso ser el Gandhi mexicano

La impresión del presente título ha sido posible
gracias al apoyo de Laboratorios Julio.

www.laboratoriosjulio.com

La impresión del presente título ha sido posible
gracias al apoyo de **Laboratorios Julio**.

www.laboratoriosjulio.com



JEAN MEYER, COMPILADOR

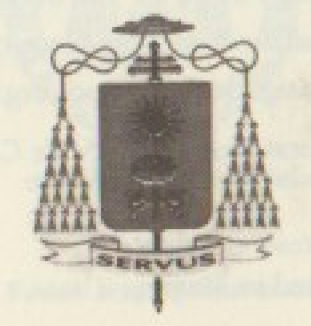
Anacleto González Flores

(1888–1927)

El hombre que quiso ser el Gandhi mexicano







Directorio

Lic. Francisco Javier Ramírez Acuña
Gobernador del Estado de Jalisco

Lic. Héctor Pérez Plazola
Secretario General de Gobierno

Sra. Sofía González Luna
Secretaria de Cultura

Arq. Salvador de Alba Martínez
Director General de Patrimonio Cultural

L.C.C. Luis Manuel Cadavieco Alarcón
Director de Publicaciones

Anacleto González Flores. El hombre que quiso ser el Gandhi mexicano
Jean Meyer, compilador

Diseño editorial y de Portada: Roberto Ramírez García y Gabriela Flores Peredo

1a. edición, 2002.
1a. reimpresión, 2004
2a. reimpresión: Gobierno del Estado de Jalisco

ISBN 968-6839-55-0

Secretaría de Cultura.
Av. de La Paz No. 875 Col. Centro,
C.P. 44180, Guadalajara, Jalisco.

Fundación Emmanuel Mounier
Melilla 10, 8º D. 28005 Madrid
Tel. y fax: 91 473 16 97
e-mail: carlosdiaz@mx3.redestb.es
www.pangea.org/~spei/iem/iem.html

Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana,
Asociación Mexicana de Promoción y Cultura Social, A. C.
Pedro Luis Ogazón 56, Col. Guadalupe Inn,
C.P. 01020, México, D.F.
Tels.: 56 61 30 43 * 56 61 41 69 Fax 56 61 42 86
e-mail: imdosoc@imdosoc.org.mx
www.signodelostiempos.org.mx

Laboratorios Julio S.A. de C.V.
www.laboratoriosjulio.com

Impreso en México
Printed in Mexico



PRESENTACION

De ***ANACLETO GONZALEZ FLORES***, personaje jalisciense extraordinario, muchas plumas han escrito expresando sus excelentes cualidades humanas y heroicas virtudes cristianas que culminaron en su glorioso martirio por su fe católica, el 1 de abril de 1927, en el Cuartel Colorado de Guadalajara, con su voto de sangre por el Reino de Cristo.

El talento brillante de su inteligencia, el discurso apasionado y convincente de su oratoria, la lucha pacífica por el respeto de los derechos fundamentales de los ciudadanos y su amor entrañable por Dios y por la Patria, demostrado con acciones diarias a favor de la Iglesia y de los más necesitados, hacen de ***ANACLETO*** el Maestro ejemplar que enseñó la verdad y el bien con la palabra, la vida y la sangre.

El 22 de junio del presente año 2004, el Papa Juan Pablo II ha firmado el Decreto de reconocimiento del verdadero martirio de este hombre cristiano ejemplar, para que sea reconocido Beato por la Iglesia Católica.

El Doctor en Historia Jean Meyer, el francés apasionado en la investigación de la historia de México, especialmente de la persecución religiosa "*La Cristiada*", ha hecho una extraordinaria selección de los mejores textos que hablan de *Anacleto González Flores*, y la presenta en este tomo, pequeño en tamaño, pero grande en su contenido, que impulsa a alabar a Dios que es *admirable en sus santos*.

Guadalajara, Jal., a 30 de julio de 2004.

+ Juan Card. Sandoval

\+ JUAN CARD. SANDOVAL IÑIGUEZ,
Arzobispo de Guadalajara.



Los miembros de la gironda, que entre 1916 y 1922 habitaron en Santa Mónica 662, en Guadalajara, Jal.

Sentados: José Trinidad Robles, Anacleto González Flores y José Padilla Gutiérrez.

De pie: José Gutiérrez Gutiérrez, José Regalado, Miguel Gómez Loza y Lorenzo Reynoso.

Editorial Clío

ÍNDICE

Pág.

I

In Memoriam[1]

Cuna e infancia

Nació en Tepatitlán, Jalisco, el 13 de julio de 1888. Su padre fue un humilde tejedor de rebozos de nombre Valentín González y su madre, la señora María Flores, fue también de humilde cuna. Valentín, poco afecto a las cosas de Iglesia, muchas veces prohibió a su cónyuge asistir al templo con sus hijos; pero la buena mujer, valiéndose de las continuas salidas que hacía a Tepatitlán el jefe de aquella casa, enseñó a sus hijos la religión, inclinándolos a las buenas costumbres. De esa tierra empapada con tan humildes lágrimas brotó un héroe.

Juventud del Apóstol

Pasaron años de incuria y pobreza, arañada de miseria. Ya bien entrada la adolescencia, Anacleto, auspiciado por algunos bienhechores, pudo cursar estudios de humanidades en el seminario auxiliar de San Juan de los Lagos, donde se ganó el mote de Maestro o *Maistro*, en labios del pueblo, por la notable destreza para asimilar las lecciones y repetirlas con gran perfección a sus condiscípulos.

Concluido el aprendizaje de las lenguas clásicas, de la historia universal y de las bellas letras, descubrió que su vocación le apartaba del ministerio sacerdotal, pasó a la capital de Jalisco, matriculándose en la Escuela Libre de Jurisprudencia, regenteada por el licenciado don Luis Robles Martínez. Para obtener su título profesional, debió revalidar exámenes en las escuelas oficiales, con doble mérito, pues los jurados tenían la consigna de reprobarlo. Obtenido el título de abogado, se privó de ejercer para su provecho esa carrera, limitándose a cubrir sus necesidades elementales, para dedicar lo mejor de su tiempo

1. El opúsculo *In Memoriam* fue publicado en 1928 y se divulgó en la ciudad de México. Su autor es probablemente don Luis Beltrán y Mendoza, muy relacionado con los personajes y los sucesos aquí descritos. El documento ofrece una interpretación cercana y equilibrada de los acontecimientos que circundaron la vida y obra del Maestro.

las obras apostólicas, con un marcado acento social. La pobreza no doblegó su carácter; prefería los vestidos raídos y los zapatos rotos con tal de no apartarse de la línea de conducta que se había trazado en el campo de acción católico-social. No aceptó jamás un empleo del gobierno por ser éste anticlerical, ni los ofrecimientos a trabajar para la prensa por no cambiar el criterio de sus artículos.

Una ligera incursión en las huestes soliviantadas por Doroteo Arango o Francisco Villa, que era el mismo, y que casi le costó la vida al *Maistro Cleto*, lo decepcionó del recurso armado, siendo a partir de entonces, 1915, un pacifista convencido.

Devoto, asistía a los oficios religiosos, participando de ellos con gran unción. Quienes lo vieron, lo recuerdan con la vista fija en el sagrado Depósito o, humillada la cabeza, lleno de inspiraciones ante el altar, recogido su espíritu en una quietud de místico después de comulgar, conversando larga, muy largamente, en lo más hondo de su pecho con Jesús, el amigo del obrero y de los niños, el predicador de las turbas e imán del pueblo hambriento de felicidad.

Periodista

Armado del lenguaje, estilo y dialéctica de Augusto Nicolás, cuyos *Estudios Filosóficos sobre el cristianismo* le eran muy familiares, cultivó el periodismo. Para esta labor se auxilió también en Jaime Balmes, al que leía con verdadero entusiasmo, y del no menos brillante apologeta y orador mexicano don Trinidad Sánchez Santos.

En 1917 fundó el semanario católico *La Palabra*, del que fue director responsable y editaba con mil trabajos, llegando a darse el caso de que él personalmente imprimiera el periódico. Colaboró más tarde para la fundación de *La Época* en cuyas columnas aparecieron muchas veces sus sustanciosos artículos. Diariamente escribía en *Restauración*, periódico de filiación católica. *El Tiempo* y *El Heraldo* también recibieron numerosos artículos del licenciado González Flores y en la ciudad de México, *El País*. *Excélsior* solicitó su colaboración; pero nuestro biografiado puso por condición que respetaran sus ideas católicas e imprimieran sus artículos defendiendo la religión, lo cual no fue aceptado. Culminó su obra periodística con la publicación de *Gladium*, órgano de la Unión Popular, de la cual pronto hablaremos, llegando a editar un tiro de ciento diez mil ejemplares.

En el año de 1918

El gobierno del estado de Jalisco, dominado por la facción carrancista, se dio a la tarea de cumplimentar los artículos constitucionales. El gobernador provisional, don Manuel Bouquet, presentó al congreso del Estado un proyecto de ley, el Decreto número 1913, sancionado el 31 de mayo de 1918, el cual comenzaba así:

Art. 1°: «Habrá en el Estado de Jalisco un ministro por cada templo abierto al servicio de cualquier culto; pero sólo podrá oficiar uno por cada cinco mil habitantes».

El Reglamento respectivo, que dio a la publicidad y rubricó el propio gobernador Bouquet, señalaba las condiciones en que se deberían inscribir los ministros de los cultos para que pudieran ejercer su ministerio, de acuerdo con el espíritu y la letra del Decreto: para nombrar a los ministros encargados de los templos, la autoridad eclesiástica tenía que presentar candidatos que fueran admitidos y avalados por el gobierno del estado, el cual llevaría un registro de inscripción para ministros de culto autorizados para ejercerlo.

El Decreto fue modificado un mes después, el 25 de julio siguiente, por el que llevó el número 1927, quedando la redacción definitiva del Artículo 1°, así:

Art. 1°: «Habrá en el Estado de Jalisco un ministro por cada templo abierto al servicio de cualquier culto; pero sólo podrá oficiar uno por cada cinco mil habitantes o fracción. El número máximo de los ministros de los cultos que podrán oficiar en el Estado, se determinará tomando en cuenta el censo oficial más reciente».

Para obligar al cumplimiento de esta ley, se sucedieron la clausura de los templos en la ciudad episcopal y la aprehensión del arzobispo Orozco y Jiménez en Lagos de Moreno. Como era de esperarse, la agitación en la sociedad tapatía adquirió caracteres de tormenta y de oleaje encrespado.

La directiva de la asociación de Damas Católicas se entrevistó con el gobernador del Estado y los diputados firmantes del Decreto. También hablaron con el general Diéguez, quien era el que detentaba el poder real del Estado, pidiéndole influyera para derogar el decreto y para alcanzar la libertad del señor arzobispo. No hubo respuesta positiva a estas gestiones.

Fue entonces cuando una tumultuosa manifestación pacífica y de protesta, congregada en la antigua plazuela de la estación del ferrocarril, en la calle de 16 de Septiembre, a la que asistieron unas sesenta mil personas, prácticamente la mitad de los habitantes de Guadalajara en aquella época, inició una marcha que tomó la plaza de armas y desde esa tribuna, increparon al general Diéguez en persona, el cual desde el balcón del Palacio de Gobierno, espetó a la multitud y al orador oficial, Anacleto González Flores, estas palabras: «Se les ha engañado. Yo nunca he ofrecido hacer derogar el Decreto gubernamental sobre cultos. Los que quieran seguir en el Estado de Jalisco, disfrutando de sus instituciones, que lo cumplan, pero los que no, que salgan de este territorio como parias». Esta clara alusión al desterrado Orozco y Jiménez,[2] enardeció a la turba. Valga como disculpa que estas palabras no eran de Diéguez, pésimo orador, sino del abogado Paulino Machorro, masón de elevados quilates, quien estaba al lado del militar, en calidad de apuntador.

2. El arzobispo Francisco «El grande»

La respuesta del pueblo fue un «¡No!» estentóreo y rotundo, que fue también toque de rebato para el nutrido contingente de guardias a caballo, que sable en mano se echaron sobre los indefensos manifestantes.

Este incidente provocó que en los meses siguientes las organizaciones católicas se desperezaran, organizándose como nunca lo habían hecho. El 4 de febrero de 1919, Manuel M. Diéguez, ya reinstalado como gobernador constitucional de Jalisco, publicó el siguiente Decreto de la Cámara local:

«Artículo Único: Se derogan los decretos 1913 y 1927 sobre ministros de cultos».

Orador

Además de periodista, Anacleto González Flores fue orador de palabra fácil, lenguaje castizo, imágenes llenas de luz, recuerdos y citas de historia felizmente aplicadas, figuras de oratoria, ademanes, voz, emisión, cadencias, suavidades, ironías, apóstrofes, oleadas de amor e incendios de ira santa, todo le era tan natural y feliz que bastaba el anuncio de que él hablaría en alguna velada para que el salón o teatro estuviese henchido de gente ávida de aquella prodigiosa palabra. Tenía en gran necesidad el saber expresarse para obtener el triunfo en discusiones sensatas y bien conducidas. Por esto no se limitó a ser orador, sino que formó oradores. Fundó en Guadalajara otros círculos de oratoria, así como clases de apologética, sociología, filosofía, literatura. Ejemplos de esto fueron los círculos «Agustín de la Rosa» y «Aguilar y Marocho». Ya por este espíritu de enseñanza y organización, ya por los amplios conocimientos que sin egoísmo impartía a todos, ya porque en el Seminario en repetidas ocasiones se le hizo suplir a los profesores, el caso es que una gran parte de la juventud católica tapatía le ratificó el título de Maestro. En estos círculos conoció e intimó con Luis Padilla, su compañero de trabajos y de martirio.

En 1916 fundó la Asociación Católica de la Juventud Mexicana de Guadalajara, campo propicio para desarrollar las dotes de organizador que Anacleto tenía. La obra de catequesis fue especialmente amada por él. Desde que llegó a Guadalajara, siendo un pobre estudiante, se dio mañas para atraer a los muchachos al catecismo. Cuentan que en esa época de suma penuria, siendo él vecino del tradicional barrio del Santuario, por la calle de Santa Mónica, compró un pésimo fonógrafo, pagadero en pequeños abonos que, para cubrirlos, pasaba grandes apuros. A él nada importaba esto; ponía a funcionar su aparato en la ventana de su casa y, como era natural, eran los muchachos de la más humilde categoría los que se congregaban a oír esos chirridos del destemplado fonógrafo. Luego que había público de harapientos y descalzos frente a su casa, los hacía entrar y empezaba la enseñanza del catecismo. Más tarde, miembro de las conferencias de San Vicente, su enseñanza no se limitó a los niños, iba a visitar a los pobres, a los enfermos, a las cárceles y en donde quiera dejaba una luz para el entendimiento, un consuelo para el corazón, una esperanza, una manifestación de su caridad; pero, sobre todo, una palabra al menos de doctrina y moral.

La ACJM fue, por decirlo así, una incubadora de luchadores que él cuidó y calentó con el fuego de su alma, por eso llamaban en Guadalajara a los muchachos de esta asociación «hijos espirituales de Anacleto», y con ellos pudo preparar su última creación:

La Unión Popular

La mirada previsora de Anacleto, su talento práctico, su continua preocupación por los problemas de la Iglesia, habían abarcado todos los factores que podían determinar el triunfo. Su obra se había ido extendiendo en círculos concéntricos de radio en radio a todos los estados sociales, a todas las edades y sexos, siendo en los últimos días conocido no sólo en el estado de Jalisco, sino también en la capital de la República. Para mayor conocimiento y más firme estudio de las condiciones sociales de aquella arquidiócesis, al arzobispo don Francisco Orozco y Jiménez, que puso en Anacleto sus mejores esperanzas y no sólo lo estimaba en cuanto valía, sino que trataba de hacerlo valer más, solía llevarlo a sus visitas pastorales y de esta manera lo ponía en contacto con los campesinos, los obreros, los dueños de haciendas, las familias más connotadas en el estado y las reconocidas como más adictas a la Iglesia. De suerte que el prestigio de Anacleto aseguraba el éxito de una empresa tan ardua y tan necesaria como la Unión Popular.

Al crear esta Liga, lo hizo soñando ya con el martirio. Sus escritos de esa época, sus profundas emociones al escuchar cualquier palabra que le hablara de sacrificar la vida por Dios, sus preparativos, el dibujo de la bandera y los colores que para ella ordenó, blanco y rojo, que significan, según él mismo «del martirio al reinado de Cristo», las leyendas sobre esa propia bandera, en el anverso: *Viva Cristo Rey* y en el reverso: *Reina de las mártires* al pie de la imagen Guadalupana, la oración que diariamente repiten todos los afiliados a la Unión: «Que te dignes humillar y confundir a los enemigos de la Iglesia, te rogamos, óyenos», y esta otra que repiten las mismas cien mil bocas todos los días: «Reina de los mártires, ruega por nosotros y por la Unión Popular», todo presagiaba el fin del Maestro, como se le conocía.

Anacleto González Flores se dio cuenta cabal del alcance revolucionario; previó las funestas consecuencias de esa propaganda inmoral, que oficialmente se hacía y cubrió con sus obras sociales todos los lados para un futuro combate. Sus largos años de trabajo fueron fecundos y en buena medida apoyaron la obra que luego se tradujo en importantes sindicatos, agrupaciones de campesinos y de fieles laicos que pudieron pasar a pie las procelosas aguas de la tempestad en el enérgico movimiento armado que sobrevino una vez que se agotaron todos los medios pacíficos en defensa de la libertad de conciencia. Al convertirse el peligro de ayer en amarga realidad, los jaliscienses estaban preparados, organizados, disciplinados y ejercitados en la acción social, lo cual no pasó en la ciudad de México, ni en las demás capitales de los estados, excepción hecha de dos o tres más, las cuales sin embargo, no dieron al fin la misma nota de valor, acaso porque así la prudencia lo aconsejaba, como lo han asegurado los directores de esos lugares. Cada pueblo, cada

grupo de ciudadanos tiene su destino providencial, como tiene su carácter, cualidades y defectos. Jalisco se ha distinguido por su inflexible amor a la justicia, su tenacidad, orden y buen juicio con que procedió en esta lucha.

Cuando sonó la hora de los tristes acontecimientos en México y la espada de los paladines capitalinos estaba muy guardada y enmohecida; cuando se convocó a la resistencia y el pueblo respondió con asombrosa rapidez, Anacleto se mantuvo indeciso. La recién constituida Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa, con asiento en la ciudad de México, exigía al caudillo de Guadalajara adherirse a su proyecto de resistencia activa, pero siendo la Unión Popular una organización independiente, anterior y mejor organizada que la Liga y él enemigo de la acción armada, se resistió hasta donde pudo a romper con el pacifismo.

A principios de enero de 1927 la Liga contaba con los siguientes elementos: un caudillo joven y entusiasta, pero no aceptado por todo el compuesto de directores y prohombres católicos, que se dividieron en varios grupos, unos que sostenían a este último, el carismático René Capistrán Garza, y otros a Félix Díaz. Los directores de la Liga apoyaron a René y éste suscribió un plan liberal que se repartió en toda la República, firmado también por un señor Gándara como jefe del control militar. Éste era un elemento totalmente desconocido en los círculos católicos y más aún como director técnico de tan importante movimiento. Desde territorio americano soñó con un ejército que no había formado, que no tenía con él nexo alguno de simpatía y superioridad y cuenta que para estos casos se necesitan dotes excepcionales de mando ya que la anarquía, el deseo de mando, la falta de conformidad con la opinión ajena, en una palabra, la desobediencia es la regla de conducta entre gentes que no están acostumbradas al yugo militar. La mayor parte de los que encabezaban los grupos de insurgentes eran jóvenes de ACJM que llevaban un ideal nobilísimo, pero en la práctica, contrario al objeto de todo movimiento armado. Se les preguntaba: —¿A qué váis? —A morir por Dios, respondían todos, en vez de contestar: —A matar y a vencer.

Con respecto al fondo necesario para abastecer de armas y parque a nuestros abnegados muchachos podemos asegurar que era irrisorio lo que había y se había dispuesto para ésta, que ha sido la necesidad más urgente y menos socorrida. Los directores del movimiento, residentes en Estados Unidos, contaban por seguro obtener, no sabemos cómo, el dinero suficiente para pasar la frontera bien armados y pertrechados del 1 al 5 de enero del presente año y a esto se debió que se extendieran las órdenes de moverse simultáneamente en distintos puntos de la República, siendo uno de los principales factores de esta demostración armada la que en el estado de Jalisco se daría.

Sabemos positivamente que Anacleto no era partidario de este paso, por más que su gente estaba dispuesta a todo; sin embargo él preveía que era anticiparse y tal vez fracasar; pero una vez más dio notable ejemplo de disciplina y obedeció las órdenes recibidas del centro, aunque esto le costara, como de hecho le costó, el reproche de los suyos, entre los cuales podemos nombrar al mismo Luis Padilla, pero éste, convencido después de la conducta intachable de su maestro se unificó con él y le siguió hasta la muerte.

Las fuerzas de Jalisco no eran las que inspiraban temores a Anacleto, conocía a sus hombres, los había preparado y estaban listos lo mismo los intelectuales que los humildes a desempeñar debidamente el papel que les correspondía y lo cierto es que el resultado de esa organización se está palpando hasta los actuales días[3] en que ese estado y los de Michoacán, Aguascalientes, Guanajuato y Zacatecas que recibieron la influencia directiva de Anacleto, guardan todavía la llama de la defensa armada, porque todavía sopla sobre aquellos espíritus el hálito de fuego de Anacleto González Flores. Lo que temía Anacleto era que el resto de la República, sobre todo el alto mando, no tuviera los necesarios elementos para el triunfo y se prolongara una lucha que de haberse preparado con más unificación, calma y dinero habría ya terminado.

En los últimos días de la vida de Anacleto, éste ya estaba resuelto a dejar el mando de la acción armada en manos militares; pidió y se le concedió extender el radio de su acción a los estados que ya hemos nombrado e incansablemente trabajaba día y noche mandando correos para un rumbo y para otro, a fin de organizar todos aquellos grupos que andaban sin norte, ni plan de campaña, ni cabeza, ni elementos; cuando Dios permitió y él sabe por qué, que su mejor paladín, su mejor cruzado cayera en manos de los enemigos, acusado calumniosamente de ser el autor intelectual del plagio de Mr. Edgar Wilkins.

Todo fue providencial y así hay que tomar la muerte de nuestro nunca bien llorado mártir. Coincidió con el referido plagio la captura que hicieron de un muchacho que, fuerza es decirlo, trabajó siempre y muy bien por la causa. Se le sujetó a tormentos diarios y terribles, a interrogatorios cada vez más precisos que lo orillaron a decir quién era el jefe del movimiento en Jalisco y a esto se debió la captura de Anacleto. Bien sabemos, por lo que se refiere al plagio de Wilkins que fue gente de Guadalupe Zuno[4] la que cometió ese crimen, como lo comprueba la misma protesta que ante el gobierno de los Estados Unidos hizo la viuda de la víctima. La Sra. de Wilkins estuvo personalmente a dar sus condolencias y explicaciones a la viuda del licenciado González Flores después de la muerte de éste y a manifestar que aunque los periódicos en México no la publicaron, la prensa de Estados Unidos daría cuenta de dicha protesta.

Hacía pocos días que Anacleto vivía en casa de la familia Vargas González. La noche del 31 de marzo de 1927 se la había pasado en vela, junto con los muchachos de la casa, durmiéndose hasta la madrugada del 1 de abril. No hacía mucho tiempo que estaba en cama cuando llamaron fuertemente en la puerta de la botica que quedaba al exterior y conectada con la casa del Dr. Antonio Vargas González. Pronto se dieron a conocer los que llamaban y entraron violentamente a posesionarse de todas las puertas unos, mientras otros entraron en las habitaciones. Anacleto era hombre de gran valor. Ya había sido preso en varias ocasiones. Sus últimos escritos predecían su muerte en el patíbulo por causa de su religión: él mismo había profetizado su martirio de suerte que no era para él una sorpresa lo que pasaba. La hora había llegado. No obstante esto, dicen y es de creerse, porque la naturaleza humana nunca abandona y en el vencimiento de la repugnancia

3. El autor escribe durante la Cristiada.
4. Exgobernador de Jalisco.

al dolor está el mérito, que al notificarle la presencia de la policía se puso densamente pálido. Tenía pensado escapar en un caso como el que se presentaba, saltando por la azotea a las casas vecinas y para esto estaba tendida una escalera de mano; pero al salir al patio se encontró con las alturas ya tomadas por los soldados: lo cual imposibilitó su salvación. Se cree y con fundamento que dado el disfraz del licenciado González Flores, la barba largamente crecida, su demacración, su agotamiento físico, los esbirros no le conocieron y no sabían a quién llevaban preso. Buscaban a aquel joven vigoroso, perfectamente afeitado, pulcro, que conocían en las veladas en donde su palabra era esperada como torrente de luz y amor y allí sólo estaba un hombre consumido por largos desvelos, tristes acontecimientos, preocupaciones, cálculos, trabajo intelectual e intensa vigilancia de todos los grupos levantados en armas cuyas noticias llegaban casi incesantemente día y noche. El primer saludo que le hizo el jefe de la policía fue un terrible golpe en el rostro que le hizo caer sobre una silla. Los hombres armados entraron violentamente por todas las habitaciones, se apoderaron de todos los papeles y mapas que había extendidos y señalando el lugar donde esperaban las fuerzas católicas. Hicieron presos hasta a los criados, hasta a los niños y señoras, subiéndolos inmediatamente al camión de la policía, menos a los varones, el licenciado González Flores y los tres hermanos González Vargas, que fueron conducidos a pie. La madre de éstos pudo en un momento acercarse a sus hijos y segura del martirio de ellos, los bendijo y se despidió con esta frase: «¡Hijos míos, hasta el cielo!».

Sigamos el calvario de Anacleto y de sus compañeros mártires. En presencia de los tres hermanos Vargas González y de Luis Padilla, tomaron de los pulgares y suspendieron al licenciado González Flores, hasta desarticularle ambos dedos, como plenamente se comprobó después de su muerte. Esto lo hacían para que delatara a los que estuviesen implicados en el movimiento católico y, según se cree, muy especialmente le exigían que diese el domicilio de monseñor Orozco y Jiménez. Valientemente se negó a decir el nombre y las direcciones que le pedían. Con el objeto de amedrentar a sus compañeros delante de éstos hacían esas escenas de crueldad y se burlaban de ellos, lo cual advertido por Anacleto, les dijo estando suspendido de los dedos: «No jueguen ustedes con los niños, pónganse con los hombres; aquí estoy yo». Descolgado en estos momentos, recibió tan fuerte golpe en la boca que sangró abundantemente. Esto tampoco fue bastante para amedrentarlo. Siendo testigo de la debilidad de sus compañeros, pidió como única gracia morir al último y el uso de la palabra antes de morir. La sentencia no se hizo esperar. Estaban condenados a muerte todos, excepto el menor de los Vargas por no tener veintiún años todavía. En estos momentos se comprobó una vez más que Dios Nuestro Señor tiene sus elecciones. El militar que fue encargado de separar del grupo de ajusticiados al que había conseguido el indulto, se equivocó y en lugar de retirar a Ramón, hizo salir a Florentino, quedando los otros dos al lado de Anacleto y Luis Padilla. Entonces Anacleto vio a sus amigos, a sus compañeros de lucha, a sus hermanos en Cristo frente a las carabinas que les iban a quitar la vida, en plena manifestación de juventud y vigor; inteligentes, buenos, los miró con la infinita ternura de un corazón inmenso; los miró con la luz de una fe heroica y abrió sus labios que chorreaban sangre, dibujando una sonrisa de

beatitud y empezó a hablarles de la inmortalidad del alma y por último, los hizo repetir en coro el acto de contrición. Después que fueron ejecutados los Vargas y Padilla, Anacleto se dirigió al jefe de las armas y le dijo: «General, perdono a usted de todo corazón; muy pronto nos veremos ante el tribunal divino, el mismo Juez que me va a juzgar será su Juez; entonces tendrá usted un intercesor en mí con Dios». Sus últimas palabras se dirigieron a los soldados que iban a ejecutarlo, los cuales se negaban a disparar sobre ese hombre de elocuencia divina, de asombroso valor, de santidad de mártir. Entonces el jefe de las armas hizo una seña a un capitán que estaba al lado de Anacleto, el cual comprendiendo la orden muda que se le daba, hundió un marrazo en el costado izquierdo de la víctima, la cual cayó bajo una lluvia de balas que entonces dispararon los soldados. Uno de éstos habló pocos días después en la calle con la viuda de la víctima y le dijo: «Señora, matamos a un justo. Nos avergonzamos de haber matado a un hombre tan santo. Si las piedras lloraran lo habrían hecho a la hora de su muerte».

El cadáver de Anacleto fue recibido por la esposa y muy pronto aquella casa, testigo del buen padre, del apóstol, del inteligente abogado, del magnífico amigo, del elocuentísimo orador, del infatigable, del sublime Anacleto, se convirtió en un jardín de flores que toda la sociedad tapatía en profusión hizo llegar.

Se calcula en diez mil las personas que acompañaron a Anacleto hasta el sepulcro. Una inmensa muchedumbre se congregó a la hora del entierro a las puertas de la casa. Cuando salía el cadáver por la puerta a la calle, se oyó una voz que repetía la frase que como plegaria de todo un pueblo esclavo, pero no vencido, había consagrado el héroe muerto: «Que te dignes humillar y confundir a los enemigos de tu Iglesia»; y aquella multitud enardecida respondió con todo el fuego sagrado de la esperanza: «Te rogamos, óyenos».

A la orilla de la fosa hablaron los discípulos del letrado con valor, arriesgando la vida por hacer oír al pueblo el gemido del alma tapatía; hasta aseguraron que alguno de ellos había sido fusilado por su fogoso discurso, lo cual no se ha comprobado. Constantemente se oían en el trayecto de la casa de Anacleto al panteón y en este recinto, gritos de la multitud: «¡Viva Cristo Rey! ¡Viva la Virgen de Guadalupe!»

Al regreso del panteón la ciudad se enlutó como una matrona digna y santa, recogiéndose largos días en un silencio religioso para llorar al mártir. Después de ese tiempo de justo recato y quietud, las actividades se reanudaron y los nobles muchachos tapatíos escribieron estas palabras: « ...se equivocaron los verdugos si creen que el temor a sus puñales y a sus balas ahogó en nuestra garganta el grito de indignación por las infamias sin nombre por ellos tan cobardemente cometidas. ¡No! El pueblo de Jalisco callaba por respeto a los muertos... estábamos ocupados en cubrir de flores las tumbas de nuestros mártires; estábamos entretenidos en saborear las últimas enseñanzas que nos dieron... ahora que se han oreado un poco nuestras lágrimas y que en los villanos se pasó un poco la borrachera de sangre, cristianos como ayer, con fe y sin miedo, volvemos a gritar: ¡*Viva Cristo Rey*! *A la lucha*... Millares de manos se extienden sobre estas tumbas, jurando dar su vida porque Él reine».

II

El nacimiento de una vocación

Ana–cleto = en griego, el re–llamado o el re–suscitado. «Héroe de la fe y mártir de la libertad», dijo Carlos Pereyra a propósito de Anacleto González Flores.

Anacleto fue el segundo de doce hijos de una familia muy pobre de los Altos de Jalisco. Su vida fue breve y espectacular después de los años oscuros de una infancia y de una adolescencia sumergida en la miseria. A los 17 años sufrió una conversión total y definitiva al catolicismo y se lanzó con toda la energía del autodidacta a una actividad intelectual frenética; nunca sació su sed de lectura. A los veinte años entró al seminario de San Juan de los Lagos y ahí duró de 1908 a 1913. Pudo haberse ido luego a Roma pero prefirió no entrar al oficio sacerdotal; para esa fecha ya se había apasionado por la política, como militante de un partido católico nacional especialmente fuerte en Jalisco. Por lo mismo fue a Guadalajara para estudiar derecho y se ganó entonces el apodo de «el Maistro», después refinado en «Maestro»; es que el hijo del pobre rebocero alcohólico de Tepatitlán tenía que ganarse la vida para pagar sus estudios y no le tenía miedo a ningún oficio manual, entre otros, ejerció el oficio de tahonero, de noche, evidentemente. Surgió un contratiempo, como un decreto del gobierno revolucionario negaba la validez de los estudios realizados en los seminarios, Anacleto tuvo que cursar simultáneamente la preparatoria y derecho, a la vez que se desvelaba frente al horno del panadero o de la ladrillera. Ese contacto con los trabajadores le permitió fundar con éxito las primeras organizaciones obreras católicas de Jalisco. Al mismo tiempo, como si no fuese suficiente, daba clases, clases de todo; así que «maistro» y «maestro».

En 1914, en la vorágine revolucionaria, había sucumbido a la tentación guerrera y se había incorporado a las filas villistas, como muchos católicos de Occidente: los villistas no eran anticlericales como los carrancistas. Esa breve y trágica experiencia —murió su jefe y varios amigos— le inspiró un desencanto total hacia la vida de las armas y fue una lección bien aprendida.

Así, después de militar en la ACJM, de lanzarse al periodismo de combate (1919), encabezó la resistencia cívica pacífica de los católicos de Jalisco en 1918–1919, hasta la victoria que lo confirmó en el bien fundado de su nueva estrategia.

En 1922 se recibió como abogado y no dejó de litigar hasta su muerte. Se casó a los ocho meses. En 1925 fundó la Unión Popular, su mayor creación.

«Se ha visto cómo el episodio fugaz de su aventura bélica significó para él el desencanto más rotundo en la eficacia de la violencia. El ajetreo de la montaña le hizo palpar *in anima vili* lo deleznable de una organización que, para caso de ostentarse en guerrilla, requiere poseer de antemano una profunda disciplina. Y esto era lo que aquel conocèdor tan hondo del pueblo no advertía por ninguna parte. Por eso precisó más bien su ideal en el sentido de una organización civil que, sin más tarda en sus procedimientos que la militar, no tiene en cambio la inminente disyuntiva del triunfo inmediato o de la inmediata disolución, con el consiguiente relajamiento de las retaguardias civiles. Eso sí: semejante falange no habría de capitular jamás enfrente de las imposiciones, y sus miembros, si inhibidos de segar vidas, habían de estar dispuestos a inmolar la suya propia. Tenía fe profunda en el valor de redención de los sacrificios aislados. Eran siempre un testimonio que propagaba en las masas el entusiasmo combativo. En suma, que en la filosofía de la resistencia que el Maestro proclamó inquebrantablemente a todo lo largo de su acción, entraban dos elementos principales: la desobediencia civil colectiva y el sacrificio individual. Los trozos más significativos de su mensaje los irán poniendo de relieve, pero desde luego quede asentada esta doble premisa que los hechos se encargarían muy pronto de corroborar: que si González Flores repudió sistemáticamente el empleo de la violencia, no fue por humanitarismo seudocristiano —poseía como pocos el realismo del derecho: 'el hombre moral', escribió, 'ignora o aborrece la mentira de la pacificación'—, y no le espantaba el draconismo al servicio de la justicia; menos aún por cobardía, como se vio en la hora en que la concurrencia fatal de voluntades extrañas a la suya lo empujó a la extrema decisión, y aunque esta última y más dramática etapa pareciera contradecir el Evangelio de la civilidad.

«La diferencia entre los cruzados de ayer y los de hoy es claramente perceptible: los cruzados de ayer hincaron la espuela en los ijares del corcel de la guerra y se lanzaron a vengar la mutilación de sus derechos con la punta de la espada. Los nuevos cruzados han llegado a adquirir la convicción inquebrantable de que *al triunfo sobre la tiranía no se va por la violencia, sino por el camino que abren la idea, la palabra, la organización y la soberanía de la opinión.* Y saben que la fuerza llama a la fuerza, la sangre a la sangre, el despotismo al despotismo, y que los pueblos que tienen necesidad de la violencia para recobrar su libertad, están condenados a padecer la tiranía de muchos o la tiranía de uno hasta que con una labor entusiasta, lenta y desinteresada se logre forjar, modelar el alma de las muchedumbres.

«Los tiranos siempre tienen espada; los pueblos de ordinario carecen de ella; y el día que la empuñan y se lanzan por el camino de la sangre, alzan sobre la tiranía de uno la tiranía monstruosa de todos, para caer de nuevo en el despotismo de uno. Los pueblos siempre tienen el número, y para vencer a los déspotas, no necesitan más que de voluntad para resistir y rechazar con el *non possumus* de los mártires los absurdos de sus opresores. Y así caen al mismo tiempo el tirano y la tiranía; el tirano, porque las leyes rechaza-

das por las mayorías caen en el vacío; la tiranía, por que a dos pasos del Capitolio está la roca Tarpeya, que es la resistencia del pueblo.

«Hoy cuando se nos pregunta por las armas mejor templadas contra la tiranía, nos limitamos a pronunciar esta palabra que para nosotros es sinónimo de victoria: organización.

«No es el puñal de Bruto ni la espada de Aníbal las armas que nos salvarán, sino la entereza de los mártires. Pues en estos casos sobran espadas y faltan mártires.

«El pensamiento resiste, porque su naturaleza íntima rechaza enérgicamente la rebeldía absurda y estéril de la fuerza física. Y mientras la carne tiembla, el mártir, envuelto en la púrpura de su sangre como un rey que se tiende a morir, en un esfuerzo supremo y definitivo por salvar la soberanía del alma, abre grandemente sus ojos ante el perseguidor y exclama: «Creo». Ha sido la última palabra, pero también la expresión más fuerte y más alta de la majestad humana.

«El mártir es un milagro y una necesidad para que no perezca la libertad en el mundo. Es y ha sido siempre el primer ciudadano de una democracia extraña e inesperada, que en medio del naufragio de la violencia arroja su vida para que jamás se extingan su voto ni su recuerdo.

«Filosofía de la resistencia que enseña a superar la inmediatez de la brutalidad con la largueza generosa de la preparación. El despotismo pertenece al presente y vive de él; la organización es toda para el porvenir» Demetrio Loza, 1937, 85–87.

III

El conflicto religioso en Jalisco (1918–1919)

Después de la promulgación de la Constitución de 1917 con sus artículos anticlericales, el gobernador de Jalisco, mejor dicho su reemplazante, Manuel Bouquet, publicó el 3 de julio de 1918 el decreto 1913 del Congreso local: «Artículo 1: Habrá en el estado un ministro para cada templo abierto al servicio de cualquier culto; pero sólo podrá oficiar uno por cada cinco mil habitantes o fracción. Artículo 2: El reglamento de esta ley será expedido por el ejecutivo del Estado. Artículo 3: La ley comenzará a regir al día siguiente de su publicación».

El reglamento exigía la inscripción de los sacerdotes en la Secretaría de Gobernación y afirmaba: «ningún ministro de culto religioso podrá tener a su cargo un templo, ni oficiar, sin la licencia del gobierno...». Dos días después de la proclamación de la ley, Monseñor Orozco y Jiménez fue detenido en Lagos, donde acababa de hacer una entrada triunfal (la persecución había disminuido en todo el país, y Diéguez había renunciado a perseguirlo). El pueblo quiso liberar al arzobispo por la fuerza, pero éste hizo que el párroco lo calmara. Conducido a Tampico en tren, se le embarcó allí con destino a Estados Unidos. El 6 de julio, los católicos de Guadalajara se lanzaron a la batalla, que iba a durar un año y a terminarse con su victoria.

El 22 de julio de 1918, una manifestación de masas demostró al general Diéguez (Bouquet era gobernador interino) que habían subestimado la combatividad de los católicos y que la ausencia del arzobispo, causa de todos los males, no solucionaba nada. Abucheado por la multitud, el general, furioso, hizo disolver la manifestación por la gendarmería montada. Todos los municipios del estado enviaron al gobierno peticiones para la revisión del decreto en cuestión, lo cual obligó al Congreso local a reunirse. Estuvieron de acuerdo en que no se podía abolir el decreto 1913 sin quedar en evidencia y crear un precedente enojoso, y el decreto, completado por un artículo adicional, se publicó el 26 de julio, con el número 1927.

La Iglesia respondió con la suspensión de los cultos. El vicario Manuel Alvarado orde-

el 30 de julio a sus sacerdotes que abandonaran las iglesias, y los católicos se pusieron
luto. Se habían agotado todas las posibilidades legales. Los seglares adoptaron una
eva forma de lucha: el boicot económico contra el periódico *El Occidental* y su colega
Diario de Jalisco, que muy pronto tuvieron que suspender su publicación. Los habitan-
de Guadalajara dejaron de utilizar autobuses, tranvías y automóviles y pusieron en las
ertas de sus casas lazos de crespón negro. El general Diéguez, en su discurso al
ongreso, el 1 de febrero de 1919, hubo de reconocer que «el clero, lejos de someterse a
mandatos de la autoridad civil, asumió desde luego una actitud rebelde y ningún sacer-
te católico acudió a cumplir con lo mandado... los jerarcas católicos suspendieron los
icios católicos en esta ciudad y en el resto del estado, hicieron creer a los fieles que el
bierno cortaba la libertad de cultos, y excitaron en contra de éste un sentimiento reli-
oso público que, enardecido, es susceptible de traducirse en rebeldía armada». La situa-
ón no cambió durante los últimos meses de 1918. El 23 de diciembre, el periódico
cional *Excélsior* podía hacer la observación de que «entre el pueblo de todo el estado...
ina gran excitación con motivo del acuerdo que el clero acaba de dictar, relativo a la pro-
bición terminante de que se rece en los templos la *Pro vitanda Mortalitate* y de que se
gan los ejercicios con el nombre de posadas... asimismo se prohíbe la misa de media-
oche el próximo día 24...».

Y Diéguez tuvo que transigir: El decreto fue abrogado el 4 de febrero de 1915.

Ahora el historiador deja la palabra al testigo Antonio Gómez Robledo quien recuer-
esa historia:

«González Flores había visto bien que una epidemia de mandatos legales iba a ser el
rincipio de la difusión de morbo revolucionario. Con su habitual sentido histórico, escri-
ó estas palabras en un libro del que iba a vivir página por página: 'Fue Tácito el que afir-
ó que un pueblo corrompido y desorientado necesita de muchas leyes. Las leyes se mul-
plican el día siniestro en que la revolución asoma su melena desgreñada y enrojecida con
sangre de sus víctimas. Nuestra patria ha tenido que ser víctima de la espada y de la ley:
on la espada se la ha desangrado, con la ley se le ha pretendido arrancar el alma viva de
tradición y de sus energías espirituales. Ambas se han conjurado para destruir el fondo
terior que sostiene y alienta la vida de los pueblos. El constitucionalismo siguió adelan-
por el camino de la opresión de la espada y la Ley'».

El alud de decretos llegó a Jalisco con la pasmosa fecundidad proletaria de los medio-
res juristas encumbrados por la revolución. En un año se cuentan un centenar. Se laici-
la enseñanza y el matrimonio; se establece el divorcio, se dictan penas severas contra
s funcionarios públicos que ante un ministro del culto se retracten de la protesta de obe-
ecer la constitución. Pero estos pasos no eran más que jalones para la meta final: hacer
umplir en Jalisco el bárbaro artículo 130 constitucional, que reduce a la Iglesia y sus
inistros a la condición de *caput servile*, y hacerlo cumplir con el celo del jacobinismo pro-
inciano, que busca halagar al poder federal sobrepasándolo en pujanza revolucionaria.
lientras tanto se concretó el empeño a imponer al encargado de cada templo y diez veci-
os más el aviso a la autoridad municipal, que prescribe una de las fracciones del precep-
fundamental citado.

Pero en aquellos tiempos —para el envilecimiento de los presentes ya tan lejanos—
existían dos fuerzas formidables de oposición: el valor apostólico del Episcopado, y una
organización de juventud católica resuelta a dejarse matar antes que capitular, y detrás de
ambos el pueblo, que todavía no había sido enseñado por sus superiores a llevar la coyun-
da. González Flores, el prefundador de la ACJM, habla de ella en estos sobrios y altivos
términos: «un grupo de jóvenes resueltos a guardar en su corazón la Cruz profanada, a
servirla y a defenderla».

Una pastoral del Arzobispado fue leída en todos los templos definiendo enérgicamen-
te la resistencia, y una manifestación recorrió la ciudad, desplegando al aire, en medio del
silencio marmóreo de los millares de sus integrantes, gruesos caracteres de protesta «con-
tra el atentatorio cateo a los templos». La ley requirió la espada ante aquel reto rotundo,
y entre pisoteo de patrullas y golpes de culata y sable, fueron al calabozo los heraldos del
desafío. Empezó entonces para aquella generación el interminable vaivén de tantos años
entre la calle y la cárcel, entre el reto y el atropello. Fue el ritmo de su juventud, sosteni-
do con una impasibilidad férrea y alegre. Les fue familiar la hediondez de la mazmorra y
el trato patibulario de los guardas.

Quien no haya vivido una siquiera de aquellas reclusiones, no podrá imaginar el encan-
to que en medio del sufrimiento tenía la vida de la juventud de esa época. La hostil y
maloliente penumbra se poblaba pronto de rezos y canciones. Se convocaba a los demás
presos al catecismo, y cuando la muchedumbre era compacta, el intransferible *Maistro
Cleto* subía a una improvisada tribuna y declamaba a voz en cuello una de aquellas poesí-
as tan de su devoción, de inspiración mediocre y ampulosidad enfática, pero cuyo acento
viril caía tan bien en aquella caldeada atmósfera donde cada uno se sentía un héroe de
barricada. No había mejor conclusión de aquellas ardidas jornadas de himnos y mojico-
nes que el apóstrofe final de «Los Pueblos tristes» en labios del Jefe: «Dios de misericor-
dia, ya que existes, del lado ponte de los pueblos tristes...». Cuando caía la cascada de
aplausos, parecía, a la vista de los fantásticos perfiles de la prisión en la indecisa luz del
crepúsculo, y bajo aquellas sombrías bóvedas que abrigaban tantos pechos jadeantes,
como una fuga heroica a viejas épocas de lucha por la libertad, como una proyección a
tiempos enardecidos que la oratoria de inspiración galorromana del Maestro sabía tan
bien evocar.

La misma represión autoritaria de entonces, con toda su rudeza, no carecía a las veces
de ciertos toques de benevolencia cómica. Al resaltar las peripecias de aquel primer
encuentro, escribe González Flores: «fueron conducidos los manifestantes ante el
Presidente Municipal, el cual, después de reprochar muy duramente el hecho de que las
señoritas hubieran protestado públicamente, de invocar sus viajes a Europa para rebatir
los argumentos de los aprehendidos, de alzar nerviosamente en una mano la única arma
que se les encontró a los detenidos, y que era un pedazo de daga vieja, como una presun-
ción de sedición...» Sin embargo, hubo un momento en que aquel viajero pulido y cortés
se quedó mirando compasivamente al jefe de la manifestación, y pronunció lentamente:
«Usted acabará fusilado».

Pasado aquel primer choque, la ley siguió su camino de opresión en medio de la farsa del Congreso local. Memorablemente ridícula, bufonesca hasta el extremo, fue la sesión del 31 de mayo de 1918, que iba a desencadenar definitivamente la persecución religiosa en Jalisco. Urgía ya reglamentar totalmente el 130 y cada padre conscripto llegó a su curul pertrechado de argumentos histórico–filosóficos contra las religiones, aprendidos en las peluquerías. El diputado Sebastián Allende anuncia que «se va a permitir hacer un poco de historia. La humanidad desde sus más remotos tiempos, desde la época del hombre primitivo, ha estado dominada por las castas sacerdotales. Con esto se explica por qué aquellos hombres carentes de ilustración y de civilización no comprendían el por qué de algunos fenómenos que ellos creían se debían a alguno que estaba por encima de la individualidad propia». Cita luego a Galileo y la revolución francesa. Por su parte Alberto Macías, el principal fautor de la legislación antirreligiosa de la época, establece resueltamente: «Digamos cuál es el número que debe haber de sacerdotes en Jalisco y no vayamos a preguntar a nadie si es legal o no la determinación que hemos tomado». También cita la historia para probar que «las religiones son la *absurdidad* por excelencia» que «los señores que están dominados por la sacristía y el turíbulo son sanguijuelas que están subcionando (sic) sin piedad la sangre del pueblo», invocando patéticamente la cremación brahamánica de la viuda para comprobar los crímenes de las religiones.

Tras tanto escrúpulo legal y acopio tanto de investigaciones prehistóricas, fue aprobado el famoso Decreto 1913, por el que sólo podría oficiar en el Estado un sacerdote por cada cinco mil habitantes y puesto en vigor el 3 de julio del mismo año de 1913.

Para un mandamiento prohijado por el ridículo, fue el también ridículo secreto de su caducidad. Con el solo hecho de la orden de suspensión de cultos dada por el Arzobispo, las disposiciones de aquél cayeron en el vacío y fiasco. Y como por entonces todavía la revolución respetaba el último reducto de libertad —hollado sólo por el callismo— el domicilio privado, las casas se convirtieron en templos, y las masas concurrían tumultuosamente a las misas celebradas en los anchos y frescos patios, entre flores y gorjeo de pájaros y bajo el cielo azul.

Pero aquel *status quo*, aunque bochornoso para quienes lo habían provocado, no podía durar. El objetivo final de los católicos era la derogación del decreto, y se trabó la campaña civil de ocho meses. Todo bajo la dirección de la ACJM, cuyo vicepresidente era González Flores. «De nuevo a la espada de los legionarios se opuso la idea, la palabra, la inmovilidad de las almas que no se mudan ni capitulan jamás», escribió por entonces. Lo esencial era que se mantuviera tenso el espíritu de oposición y protesta, «que Justino el Filósofo dejara de razonar ante los Césares y que apareciera Pancracio en las calles de Roma, que arrancara el edicto de persecución, que lo desgarrara entre sus manos crispadas, que lo alzara hecho jirones, y que dueño de su alma y de sus destinos hiciera oír el único grito que contiene a las tiranías: 'de aquí no pasarás'».

El ataque fue triple: económico, de opinión y de burla. Un boicot organizado enrareció el público de los espectáculos, mermó los ingresos de los comerciantes masones, y provocó la clausura de un infame periódico. En los Altos sobre todo, la voz del líder hijo

de la tierra colorada, fue oída con religiosa unción. En San Juan de los Lagos, las viejas casonas ostentaron moños negros sobre sus portones, y los comerciantes previnieron concienzudamente a los agentes viajeros: «Estoy de luto por la persecución de la Iglesia. No haré pedido mientras no recobre su libertad».

La opinión, por su parte, se expresó en un aluvión de discursos y protestas que inundaban azoradamente a los flamantes legisladores, desde los escritos jurídicos, precisos y sutiles, hasta las hojas de estraza que de las más humildes rancherías llegaban, ásperas, desmañadas, vociferantes. Por fin, la mofa de la oposición respondía certeramente a la bufonería de los legisladores. Un grupo de acejotaemeros valientes —¿cuál no lo fue entonces?— se instaló en los escaños de las galerías de la Cámara, y coreaba los discursos con estupendos mimos de gritos animales. Cacareos, rebuznos, ladridos, relinchos, gruñidos, eran desde arriba la réplica fiel de la bestialidad del cuerpo legislativo.

El conflicto iba adquiriendo para el gobierno un cariz grave. Comenzó a escocerle en demasía aquella avalancha incontenible de inconformidad y de befa. Pero el general Diéguez, Jefe de las Armas y consejero decisivo del gobierno, tenía para semejantes trances sus grandes soluciones cesáreas, a lo Pilato. Quería desde su triclinio ser testigo de la efectividad del plebiscito, porque lo esperaba débil. Así, manifestó un día a una comisión «que no le constaba que realmente todo el pueblo estuviera en desacuerdo con el decreto». El pueblo se le presentó la tarde del 22 de julio, ocupando el espacio que media entre la estación del ferrocarril y el jardín de San Francisco, éste y las avenidas adyacentes. El divisionario hubo de salir al balcón. Para aquella formidable barrera de voluntades que se oponían a la suya, no tenía preparado ningún discurso. Menos aún para contestar el terrible que en esos momentos, a nombre de la marejada humana, le dirigió González Flores, «haciéndolo responsable de la discordia que leyes fratricidas hacían cundir entre los mexicanos, si no prestaba su apoyo para la derogación del decreto». El mílite perdió los estribos. Babeaba antes de responder. Dejemos la palabra a González Flores: «La primera frase dicha por Diéguez fue ésta: 'Ante todo, habéis sido reunidos aquí por un engaño. Entonces rugió indignada la multitud, millares de brazos se alzaron para protestar, se agitaron en el aire sombreros y paraguas, y se oyó uniforme, estruendoso, como el bramido del Océano, un «no» enérgico y repetido por tres o más veces. —Os dijeron, añadió Diéguez que yo quería una demostración de que sois católicos. —¡Sí, sí!— gritó estruendosamente la multitud. —Pues bien, ya lo sé, ya lo sabía hace mucho tiempo, pero vuestros sacerdotes os engañan, os han engañado... —¡No, no!— contestaron los católicos. —Ellos no quieren acatar la ley obedeciendo el Decreto. Pues bien, no tenéis más que dos caminos: acatar el decreto expedido por el Congreso, o abandonar el estado como parias". —Resonó entonces una estrepitosa carcajada, en tanto que Diéguez le volvía la espalda a la multitud, y ésta se desataba en duras maldiciones. Momentos después se dejó sentir la ira de César, cuando policías de a pie y de a caballo se precipitaron sobre aquellas gentes inermes, como si se tratara de atacar un ejército en pie de guerra. Señoritas, niños, ancianos, jóvenes, cuantas personas tuvieron la desgracia de hallarse al alcance de aquellos cosacos, recibieron macanazos, caballazos y machetazos».

Sin esperar el inevitable derrumbe de la estatua de pies de lodo y faz de bestia que era el decreto, la jornada del 22 de julio tuvo todo el relieve de una victoria. Había sido tan unánime la resistencia, tan evidente la potencia moral, que al día siguiente la prensa católica estaba amordazada por las postreras convulsiones del déspota. *La Época* tuvo un gran gesto. Esquivó la consigna dejando un espacioso cuadro en blanco en sus páginas enlutadas, e impresa en su centro la frase de Lammenais: «*Le silence, est, aprés la parole, la seconde pussance du monde*». Y todos supieron llenar el cuadro con el recuerdo palpitante de la víspera. Entonces se podía no sólo leer entre líneas, sino aún leer sin líneas.

Abriendo una brecha en el luto general, la ACJM convocó a una solemne ceremonia: condecorar al organizador y tribuno de la jornada, a quien todos los dedos señalaban unánimemente para el honor. La noche del 13 de agosto, más de un centenar concurrió al local de la asociación, a pesar de la lluvia que azotaba las calles. El «Maistro» estaba grave, pálido y nervioso. Le era más incómodo recibir el baño de rosas que clamar frente al sable del general. Con los ojos bajos, escuchó la salutación del diminuto Presidente, que no llevaba más que la estricta verdad: «Se ha llamado al soldado de la línea a las trincheras conquistadas, para que al sueño en perspectiva de la gloria reciba el premio de una sociedad agradecida por haberse erguido y encarado ante el fantasma, y haber despertado con su ejemplo la energía de un pueblo». Luego respondió el que ya lucía la medalla en la solapa de su arcaico traje verdinegro: «Lamento sobremanera que en estos momentos gastéis tanto espíritu para quien no ha hecho más que mal cumplir con un deber... Por otra parte, la vida para mí no viene a tener otro sentido que darnos una prueba de nuestra debilidad, y sólo por medio de un conjunto de debilidades animadas por el fuerte espíritu de comunidad, se podría haber llevado a cabo, como en efecto lo fue la negativa rotunda de aceptar la imposición del neófito...» (Demetrio Loza, 1937, 45–51).

El 4 de febrero de 1919 el decreto 1913 desapareció. Esa victoria se logró sin violencia y le dio la razón al combativo pero pacifista Anacleto. Se puede decir que, al seguirlo, Jalisco salvó a México por ocho años de la ofensiva anticatólica. Tanto Carranza como Obregón controlaron a sus radicales y hasta 1926, los artículos constitucionales de combate fueron letra muerta. Bien lo comenta Antonio Gómez Robledo, discípulo del Maestro:

«La filosofía de la resistencia pareció igualmente límpida al día siguiente de la borrasca. Se había vivido en Jalisco, en *raccourci*, la gran cuestión nacional de 26–29, y la actitud católica de la última, en sus horas mejores, siguió la pauta de aquella. Fue como un sol la evidencia de que era plenamente suficiente la civilidad inerme para vencer la fuerza armada. La revolución nunca ha podido combatirse con sus propias armas, sino con las del espíritu. De Maistre lo dijo para siempre: 'Una contrarrevolución no es una revolución al contrario, sino lo contrario de una revolución'» (Demetrio Loza, 1927, 53).

IV
El Maestro

Otro de sus discípulos, el joven estudiante Heriberto Navarrete, futuro cristero, futuro jesuita, nos narra la pedagogía de Anacleto:

Tras la cotidiana jornada, vamos en alegre charla cinco estudiantes de Preparatoria, al caer de la tarde, calle abajo por la Avenida Juárez. No sabemos de cierto a dónde dirigir nuestros pasos, como de estudiante desaprensivo a quien el tiempo no urge. Es lo más probable que tras un breve discurrir por las calles del centro de la ciudad, demos a la postre en algún salón de billares, para interesarnos en una partida de carambola que nos libre de esa última hora tediosa de la tarde.

Pero al desembocar en la plaza del Carmen, topamos en la primera esquina con nuestro Maestro de Historia Patria, que parecía estar esperando a alguien. Cambiamos saludos amigables y como él pareció querer provocar el diálogo, sin mucho interés nos detuvimos como para bromear de paso. No sé cómo fue dirigiendo la conversación, de manera que a las tres frases estábamos enzarzados en una formal discusión. Los más se fueron despidiendo, pero uno de los estudiantes, conmigo, siguió acompañando al Maestro, discutiendo con calor, mientras caminábamos. Muchos fueron los tópicos, mas la tendencia una: descubría él a nuestra vista con habilidad de psicólogo, los misterios de nuestra vida por venir, con todas sus variantes, con sus realizaciones atrayentes y sus temibles riesgos. «Sois estudiantes —decía—. Tras de largas peregrinaciones por aulas e institutos, llegaréis a conquistar vuestra inmediata ambición: un título profesional. Y bien, ¿qué habréis obtenido? Una posición; es decir, pan, casa, vestido. ¿Es esto todo para el hombre? ¿A ello es justo consagrar la médula de una vida? Cierto es, la necesidad de vivir es primordial. Pero esa consagración no es fuerza que sea exclusiva. Me diréis que de paso llenáis una misión nobilísima cultivando la ciencia. Bien está. Noble ambición. Pero seguramente no es tan limitado como eso el fin del hombre. Si lo fuera, sería obligatorio para todos y habrían desviado el camino los que no pudieron o no quisieron especular con ella. Además, ¿qué es la ciencia? El esfuerzo desesperado del hombre por arrancar a la naturaleza el secreto de sus funciones; buscar ansiosamente el sentido de los fenómenos y la razón de la existencia de todas las cosas; conocer el mundo en que vivimos, su calidad física; suponerle

un origen más o menos arbitrario, y señalarle un futuro a veces ingenioso y casi siempre extravagante. ¿Puede ser ésa la misión de un ser como el hombre...? Pero son muchos rodeos, lo sabéis muy bien. No es la principal labor del hombre el cultivo del cuerpo, ni el de la inteligencia. Ha de ser el cultivo de las facultades más altas del espíritu. La de amar; pero amar lo inmortal, lo único digno de ser amado sin medida: amar a Dios.

«Vayamos acudiendo a los subterfugios del hombrecillo cobarde que llevamos dentro: hay modos y modos de amar a Dios. ¿Serán por ventura ustedes de los que creen que se llena esa infinita ambición con esas prácticas ordinarias del cristiano apergaminado que asiste a misa los domingos y ya se siente acreedor al cielo porque algunas veces escucha un sermón? No. Eso no es ser cristiano. Eso es irse paganizando; es un abandonar plácidamente la vida cristiana, pasando a la vera del sagrario con antifaz carnavalesco, sonriendo al mundo y al vicio, mientras en la penumbra vaga del rincón de una iglesia, precipitadamente, en breves minutos con dolor robados a la semana, se santigua la pintarrajeada faz de comediante. El hombre consciente no puede engañarse de manera tan miserable.

«Amar a Dios es apasionarse por Él; es vivir para Él; es dolerse por las ofensas que se cometen contra Él. Amar a Dios, para un joven, debe significar entusiasmos sin medida, ardores apasionados de santo, sueños de heroísmos, ardores y arrojos de leyenda.

«Acudamos también a detener esta corriente. Sistematizar, canalizar, para que el fruto sea cierto. El amor de Dios es todo en la vida; pero la vida es una milicia. El amor de Dios es milicia. Un soldado es cada uno de nosotros. La semejanza es acabada. ¿Quién hay más idealista que un joven soldado que ha puesto antes que su vida el honor de su patria, que identificó un día con el propio? Y al mismo tiempo, ¿quién más que el soldado ha de ser eminente en la vida práctica? Redujo a operaciones sencillas pero de rigurosa observancia el camino que lo ha de llevar al fin. Ya no tiene en su vida de todos los días, huecos sujetos a inspiraciones momentáneas. Ha previsto, su ordenanza, las necesidades en orden a llenar totalmente su cometido. Al mismo tiempo que vive informándolo todo con el ideal de su vida, está llenando cada hora con ocupaciones al parecer triviales, con una que pudiera decirse vida monótona, llena de pequeñeces que no son el heroísmo y el bélico ardor que se pensara. Mas la trama de todas y cada una de las horas hacen la vida del hombre, quien ya había encaminado todo a su fin con previsión.

«Así es la milicia del soldado de Cristo: una trama de actividades que llevan al amor de Dios como último fin; actividades que tienden a desarrollar la vida propia, la de la familia, la social, pero encaminadas todas al ideal santo, al heroísmo glorioso de poner antes que su vida, el honor de Dios identificado con el propio».

Todas estas ideas y otras afines, fueron brotando en medio de un diálogo movidísimo, vivo, interesante. El Maestro de Historia Patria, Anacleto González Flores, se exaltaba por momentos. Su figura robusta parecía vigorizar sus palabras, y el cálido acento de su locución delataba un convencimiento profundo. Fluía la corriente impetuosa de sus ideas como un manantial abundante que brota con caudales reveladores de la riqueza del venero.

A mí no me cabía ya duda. Aquel hombre alcanzaba los perfiles de los grandes líderes.

La claridad brillante de sus ideas unida a la férrea voluntad de un ardoroso corazón, lo delineaban como un egregio conductor de masas. Había ahí madera para un santo; alma para un mártir.

No había de quedarse en la doctrina; logró interesarnos y naturalmente tenía que alcanzar el resultado propuesto. Habíamos ya paseado por muchas partes; varias veces rodeamos el jardín de la Universidad, los típicos portales donde quizá tomamos un helado; yo me había fumado toda una cajetilla de cigarros, y se había hecho ya de noche.

Después de algún paréntesis de broma, vino el diálogo final. Encarándose conmigo, me soltó a quemarropa la pregunta:

— Tú, ¿qué piensas hacer?
— ¿Con qué?
— Con lo que Dios te dio: el tiempo, el talento, el sentimiento, la vida toda.
— Eso es el problema de la vocación.
— Pero no lo has resuelto con ponerle nombre.
— No he tratado de resolverlo.
— Quizá fuera necesario hacerlo cuanto antes.

Nos despedimos complacidos de aquella prolongada disertación, no sin antes concertar una entrevista para después. Tanto mi compañero como yo prometimos al Maestro ir a platicar con él al día siguiente, al domicilio de la Asociación Católica de la Juventud Mexicana. A las cinco de la tarde estuvimos puntuales.

Ya éramos *acejotaemeros* (H. Navarrete, 1960: 22–25).

A través de sus numerosísimos artículos, Anacleto analizaba la historia del tiempo presente con gran lucidez.

Contradiciendo la invectiva ritual de reaccionarismo lanzada sistemáticamente por los revolucionarios contra sus críticos, carga en la cuenta moral de la dictadura porfiriana la disolución de la conciencia pública que preparó la Revolución:

Todo estaba magistralmente preparado para un sacudimiento que lo había de conmover y ensangrentar todo: el poder público, el hogar, el templo y la escuela. ¿Quién fue el obrero que realizó tan acertadamente la labor de preparación, el cíclope que acumuló en las entrañas del organismo social la fuerza explosiva que pasaría después, en oleada de fuego y exterminio? La ceguera de algunos señala a los caudillos que alzaron la bandera de la rebelión: la miopía de otros, la intervención de los católicos en política; el odio sectario de no pocos a la actuación del Clero; y la desorientación de casi todos, las ansias de libertad de las muchedumbres. La crítica señala a un hombre, al viejo dictador, y a su obra, que fue un mausoleo gigantesco donde fueron sepultadas todas las libertades. Augusto abrió con sus propias manos la tumba de las libertades del pueblo romano, y más tarde los bárbaros danzaron en torno del coloso herido en la mitad del corazón por su molicie. El viejo dictador apuntaló el edificio que levantó con su espada, con los despojos de la libertad profanada en todas sus manifestaciones, y a trueque de un progreso material que

a muchos deslumbró y a no pocos hizo renunciar las prerrogativas del hombre y del ciudadano, ofreció una ayuda entusiasta a todo lo que es corrupción en la costumbre y anarquía en el pensamiento.

La persecución religiosa arranca de la enorme dosis de laicismo que la dictadura inyectó en el cuerpo de la Patria escarnecida. Se trabajó tenazmente en arrancar de lo íntimo de la sociedad las tesis salvadoras del Evangelio, por el positivismo sostenido en la cátedra, en la prensa, en la apoteosis de sus maestros y en los espectáculos públicos. Y así se formó una generación que por instinto ha tenido que hacer oír el célebre grito del jacobinismo que pronunció Gambetta. «El clericalismo: he ahí el enemigo».

V

El conflicto religioso nacional y el nacimiento de la Unión Popular (1925)

Frente a la nueva ofensiva anticatólica del gobernador de Jalisco José Guadalupe Zuno y luego del intento de crear una Iglesia cismática por parte de un sector del gobierno nacional, los católicos jaliscienses se agruparon de nuevo detrás de Anacleto González Flores.

El 2 de enero de 1925, un Comité de Defensa Religiosa lanzó un manifiesto. Tras de recordar el cierre de las escuelas particulares de La Barca, Atotonilco, San Gabriel, Lagos, Talpa y Villa Guerrero, que demostraba que el gobierno quería «empujar a todos los católicos al desierto», reduciéndolos «a la categoría de parias como ciudadanos, y a la condición de esclavos como hombres», llamaba a los católicos a «la reconquista y a la defensa», hombres, mujeres, niños y ancianos: «Católicos: de nuevo se abre el circo para los cristianos; de nuevo se levanta el potro y rugen las fieras hambrientas en busca de sangre de mártires, y el César quiere solazarse con el martirio de la libertad de conciencia hecha trozos... Evoquemos la jornada gloriosa de 1918 y pensemos que si la revolución intenta repetir la historia nosotros haremos que capítulo por capítulo se repita también la derrota de los perseguidores». El texto era de la pluma de Anacleto.

Muy pronto el Comité dejó su lugar a una organización inspirada en la experiencia alemana: la Unión Popular. Anacleto González Flores tuvo la idea, basándose en los proyectos del Padre Bergoënd, el francés fundador de la ACJM, que él consideraba como una organización defensiva, y en las conferencias del sacerdote alemán Neck, que expuso en Guadalajara lo que era la Volksverein, lo que había sido la lucha de los católicos alemanes.

Cualquiera podía ingresar en la UP, que no ponía otra condición que la de estar «dispuestos a escucharnos». En la cima había un directorio de cinco miembros. El estado y las localidades se hallaban divididos en sectores y organizados en «manzanas», zonas y

parroquias, cada una dirigida por un jefe en estrecho contacto con sus subordinados y su superior inmediato. No había ceremonias, ni solemnidad, ni protocolo. Tampoco había administración (de aquí la falta de archivos para el historiador); el contacto personal y la trasmisión oral de miembro a miembro reemplazaban la burocracia. Una hoja suelta, *Gladium*, tiraba 100,000 ejemplares a fines de 1925, y de mano en mano llegaba al rincón más apartado del estado. Agustín Yáñez, el futuro autor famoso, fue uno de sus artífices.

El éxito prodigioso de la organización se explica por su carácter popular, visible en la ausencia de cotizaciones, de burocracia, de formalismo. Los jefes se reclutaban sin otro criterio que el activismo y la capacidad. Entre los cinco miembros del directorio, renovado frecuentemente, hubo dos mujeres, y de los jefes de célula eran campesinos y obreros, según la localidad o el barrio. El aspecto feminista y proletario del movimiento es indiscutible y explica la reticencia, ya que no el temor, de los católicos acomodados, que pidieron a Monseñor Orozco, cuando regresó de su nuevo exilio en mayo de 1925, que hiciera pasar bajo su jurisdicción el movimiento y que lo calmara.

Su proyecto era organizar a todos los católicos para movilizarlos de manera permanente y en masas; «porque basta que cada católico busque a su jefe de manzana y solicite inscribirse para que en lo sucesivo pueda estar al corriente de todo lo que se hace por la causa de Dios y deje de ser un católico paralítico para convertirse en un abanderado de las libertades fundamentales del ser». Movimiento de acción cívica, independiente de la jerarquía y del clero, la UP llevó a cabo una tarea intensa de propaganda y de enseñanza; organizó escuelas primarias. Para Anacleto González Flores, que en sus discursos se refiere a la acción de Gandhi, la victoria pasa por la toma de conciencia, la conversión y finalmente la movilización del pueblo entero. Entonces, sin violencia, será derribado el tirano (Jefaturas de la UP 1927, Archivos de Miguel Gómez Loza).

Al terminar la tregua obregonista, en 1925–1926, Anacleto preparó al pueblo católico del Occidente a la resistencia pacífica, predicando la desobediencia civil y el sacrificio individual. Repudió sistemáticamente el empleo de la violencia, privilegio de los revolucionarios, y dio en ejemplo a su contemporáneo Gandhi, de quien imitó el boicoteo y muchas otras acciones.

La diferencia entre los cruzados de ayer y los de hoy es claramente perceptible: los cruzados de ayer hincaron la espuela en los ijares del corcel de la guerra y se lanzaron a vengar la mutilación de sus derechos con la punta de la espada. Los nuevos cruzados han llegado a adquirir la convicción inquebrantable de que *al triunfo sobre la tiranía no se va por la violencia, sino por el camino que abren la idea, la palabra, la organización y la soberanía de la opinión.* Y saben que la fuerza llama a la fuerza, la sangre a la sangre, el despotismo al despotismo, y que los pueblos que tienen necesidad de la violencia para recobrar su libertad, están condenados a padecer la tiranía de muchos o la tiranía de uno hasta que con una labor entusiasta, lenta y desinteresada se logre forjar, modelar el alma de las muchedumbres [...].

Hoy cuando se nos pregunta por las armas mejor templadas contra la tiranía nos limitamos a pronunciar esta palabra que para nosotros es sinónimo de victoria: organización.

No es el puñal de Bruto el que nos salvará, ni la espada de Aníbal, sino la entereza de los mártires. Pues en esos casos sobran espadas y faltan mártires [...]

El mártir es un milagro y una necesidad para que no perezca la libertad en el mundo. Es y ha sido siempre el primer ciudadano de una democracia extraña e inesperada, que en medio del naufragio de la violencia arroja su vida para que jamás se extingan su voto ni su recuerdo (1926).

Es lo que él llamaba «El plebiscito de los mártires». Poco antes de morir como mártir (abril 1927) escribió: «la democracia, para votar contra los césares, necesita vestir, no la toga blanca y severa del ciudadano de Atenas o Roma, sino las vestiduras teñidas de sangre que los mártires saben echar sobre sus espaldas».

VI

1926: *La lucha cívica*

Remito a mi *Cristiada* para la historia de la ruptura entre el Estado y la Iglesia en 1926, la de las reformas al Código Penal (Ley Calles) que llevaron a la Iglesia a suspender el culto público el 31 de julio del mismo año, lo que empujó al Estado a cerrar los templos y a prohibir el culto privado así como la administración de los sacramentos fuera de los templos, lo que provocó a su vez muchas protestas y enfrentamientos. Basta saber que en el verano de 1926 se cruzó la delgada línea roja que separa la paz de la guerra: corrió la sangre.

Los católicos usaron de todos los medios cívicos: discusión, negociación, petición, manifestación, boicoteo económico. En vano. El gobierno retó a los obispos: ya saben, no les queda más que acatar la ley o levantarse en armas. Una organización católica creada en 1925, la Liga Nacional de Defensa de las Libertades Religiosas creyó que su lucha hasta ahora cívica había fracasado y aceptó el reto del presidente Calles: a fines de 1926 se decidió por una lucha armada que soñaba breve y fácil. ¡Terrible ilusión! ¿Cómo actuó Anacleto de agosto a diciembre de 1926, él quien era partidario convencido del «plebiscito de los mártires»?

Luchó con la palabra

«Ninguno como él entre los escritores laicos de México habló con mayor claridad, ira y denuedo, del alcance mortal de aquella legislación terrorista. Si con su espada corta y ubicua rasgaba la indiferencia en su Estado; desde la prensa capitalina, y no en pasquín vergonzante sino en diario de gran circulación como *El País*, habló a la República con acento jamás oído, en que vibraban la exasperación de la dignidad y la majestad del derecho. De un extremo a otro de la Nación cruzó el anatema:

«Estamos en vísperas de un inmenso e infame emparedamiento.

«La Secretaría de Gobernación acaba de consignar a todos los Príncipes de la Iglesia Mexicana, lo cual es un contrasentido. Porque jurídicamente la consignación debe prece-

der al encarcelamiento. Y el país es una cárcel para la Iglesia Católica desde que se pro-
mulgó la constitución. Eso será cada escuela y cada templo, y en su derredor un eriza-
miento de bayonetas.

«Pero en las páginas de la historia del Cristianismo siempre se va a la cárcel un día antes de la victoria.

«Para ser lógica, la revolución debe consignar a la nación entera que se alza en torno de sus Prelados, al pueblo, 'rey de burlas' de la democracia moderna. Y entonces tendrá que abrir una cárcel en cada hogar, y faltarán puños de verdugos para atar manos de esclavos y cortar cabezas de mártires.

«Hoy empiezan a abrirse nuestros labios de cariátides angustiadas, y nuestra palabra para los invasores será ésta: Estamos en nuestra casa. Vosotros sois intrusos.

Julio 26

«Cuando un brazo atrevido se ha alzado por encima de campos cultivados, de puentes construidos, de chozas y palacios, los que vertieron su sudor para fecundar la piedra y la tierra, han extendido su mano trémula de coraje santo para vengar el ultraje.

«Cada hombre y cada patria tienen su tienda de lona firme para resistir al sol y al viento. Y tienen también su tienda espiritual desde donde se resiste a la bestia y se busca el camino para poseer en abundancia los altos dones del espíritu: verdad, belleza, justicia, libertad. Y desenvainan la espada para defenderla. Cuando Lord Byron desplegó la vela de su barco de soñador para ir en auxilio de Grecia, más que los muros de argamasa y piedra lo inquietaban los linderos invisibles de la ciudad blanca y luminosa del pensamiento.

«El revolucionario no tiene casa, ni de piedra ni de espíritu. Su casa es una quimera que tendrá que ser hecha con el derrumbe de todo lo existente. Por eso ha jurado demoler nuestra casa, esta casa de tres siglos radiante y sonora donde se juntaron todas las barcas de Occidente pobladas de misioneros y maestros. La revolución no sólo niega la deuda sino que ahorca al acreedor».

Más alto que esto, sólo estuvo la gallardía del Episcopado de esa época heroica, al decidirse a abandonar el santuario antes que mancharlo con la tolerancia a la inspección espuria:

«Por vez primera después de cuatrocientos años va a estar ausente de la Casa de Dios el Sacerdote Eterno, Jesucristo. El Episcopado no puede traicionar a Dios ni convertir la Iglesia de Jesucristo en Iglesia del Estado».

Como lo dijo, el Jefe civil de Jalisco aprestó sin demora los materiales para la defensa de su Casa, cuando vio venir la piqueta, fijó situaciones rectilíneas para antes del primero de agosto, en que entrarían simultáneamente en vigor la ley y la resistencia. Al grito de «¡Dios se va!» planteó las tres actitudes fundamentales de guardia: luto, penitencia y no–cooperación. Austeridad en la vida, oración en la conducta, inercia en la economía. Del cristianismo había aprendido la victoria de la pasividad, y un pequeño libro, el

Mahatma Gandhi, de Rolland, acababa de enseñarle cómo el imperialismo pierde terreno
cuando el esclavo niega su concurso al intruso. Los triunfos del líder hindú —como el
abogado que renunciaba al prestigio social de una profesión para abrazarse con los inte-
reses de los humildes—, de Suráfrica a la India, fueron constante estímulo de su prédica.
A tal punto, que las masas advirtieron el patetismo de la identidad, y hubo quienes lo salu-
daran con el último apodo: el Majama.

Por vez primera, debido al contacto eléctrico que establecía la Unión Popular, desapa-
reció del pueblo lo que alguien ha llamado la «dimensión de lo mexicano»: la apatía.
Durante meses, Jalisco mantuvo férvidamente el dolor, el recogimiento y la pobreza.
Tránsito en vehículos, concurrencia a espectáculos, compras superfluas, sufrieron una dis-
minución extraordinaria. Se podía tocar, pesar, morder en el ambiente el «pathos» de la
dignidad ultrajada. El jefe era el ejemplo. Para él, la abstención poco significaba en el
marco de su proverbial escasez y pureza —no estaba ciertamente expuesto a la congoja
del dandy privado de la última película—, pero llevó al extremo la modestia habitual. No
se vio ya en su mesa fruta ni postre, y sus dos únicos trajes contaron prodigios de longe-
vidad.

El místico del verbo pasaba a ser el místico de la resistencia pasiva. *Gladium* se satura
de la encendida creencia en la eficacia de la no–cooperación y del recuento gozoso de sus
conquistas:

«El boicot es la llave con que forzaremos el paso a la libertad. Todo el que sabe sufrir
puede ser libre. Ni una mirada hacia el rumbo del descanso. El boicot tiende a debilitar o
extinguir los elementos de subsistencia necesarios a la vida de personas o instituciones.
Las fuentes de producción son la gallina que pone los huevos de oro con que los verdu-
gos pagan soldados y compran bayonetas. Cada vez que se quebranta el pacto de no–coo-
peración, se ayuda a remachar las cadenas que sujetan a la Iglesia. Boicot contra boicot.
No hacemos más que aplicar la ley del talión, porque hace años que el gobierno ha decla-
rado a la Iglesia Católica un boicot implacable, radical, a muerte. Pero nuestro boicot se
funda sobre esta base inconmovible: 'Dios sobre todas las cosas. Dios sobre el hambre,
sobre la sed, sobre todo'».

Para no dejar desfallecer el ardimiento del primer día, necesitaba una legión de porta-
voces de la ascética de la defensa. El periódico no bastaba. La oralidad seguía teniendo
para él fueros indiscutibles. Movilizó entonces su *cuartel central*, y la ACJM sin perder su
carácter pasó a ser el «Cuerpo de Oradores de la Unión Popular». Y diariamente la ciudad
escucha una veintena de conferencias. Él mismo redobla, centuplica el trabajo personal.
Un joven regresa a dar cuenta de su desempeño: —«Ya hablé, maistro. —¿Y qué, quieres
repetir la copa? —¡Estoy tan cansado! —¿Por una? Yo he hablado hoy diez veces».

Pero los operarios eran pocos. Las brigadas juveniles tenían que desparramarse por el
Estado para alentar poblados y rancherías y ser el coco de los agentes viajeros que vol-
vían a la capital con las manos en la cabeza. Los propagandistas apenas obtenían del ceñu-
do Tesorero Gómez Loza el pasaje a la estación del ferrocarril principio de la jornada. De
allí en adelante tendrán que procurarse víveres y transportes —a veces días en la sierra a
lomo de mulo— con el óbolo que la plebe da después de las arengas.

Con esto, los efectivos de la capital amenguaban. ¿Qué hacer? ¡Y ver decaer el boicot, hacer costumbre de la bofetada, apagarse lentamente la imprecación denodada del 31 de julio, cuando la multitud se despidió del sagrario entre sollozos y espasmos! Entonces acudió a la última reserva: la mujer. Y la mujer entró en la batalla. Velozmente organizó —¡El simple líder que estigmatizaba la ironía de los expertos del archivo! la Cruzada Femenina por la Libertad.

Una noche reunió a medio centenar de muchachas, y en el acto quedaron constituidas las diversas secciones: vehículos, placas, prensa, espectáculos, compras. Las faldas se transformaron en banderas de ataque.

El nombre tuvo menos resonancia que la actuación. La gente prefirió llamar «La Langosta Negra» a aquellas bandadas de muchachas enlutadas que de golpe abandonaban el tocador y la repostería para instalarse largas horas en las puertas de cines y almacenes de lujo, y conminar sin tapujos al dispendioso la sujeción al programa de tristeza y ahorro.

Como siempre el ataque no venía solo del bando enemigo. La creación de la nueva guerrilla despertó suspicacias y baldones entre los propios. ¡Señoritas tan decentes hechas más bien para adobar confituras, que para interpelar altaneramente a los transeúntes, y llevadas a mal traer por las cárceles entre aquellos monstruos, horror! ¿Era eso prudencia cristiana?

González Flores contestó con una serie de matinées dominicales en el cine Tabaré, cuyos discursos de alto estilo fueron el guante de la osadía lanzado contra los pucheros del escrúpulo. ¿Cómo olvidar aquella peroración contra prudentes, en que mostraba a la Mujer siguiendo al Redentor por la vía dolorosa, de cara a todo escarnio? «¡Un paso atrás, señores prudentes! ¡Habéis invertido el mandamiento supremo, porque para vosotros, hay que amar a Dios *bajo* todas las cosas! *Por evitar mayores males* os despedazarán, y cada trocito de vuestro cuerpo gritará todavía dando tumbos: ¡prudencia, prudencia! No temáis a los que matan el cuerpo sino el alma. Una sola noche de insomnio en un calabozo vale mucho más que años de fáciles virtudes. Si todas se pusiesen en un platillo de la balanza y en el otro un solo sacrificio, éste bajará reciamente, y el otro arrojará su contenido como pluma al viento». Su último discurso, su testamento al gran público al principiar octubre de 1926, fue un tributo de Caballero, mitad apóstol y mitad trovador, al Sexo que en la hora crítica consagró la fuerza de su blandura a la libertad. Paráfrasis apasionada de la «Mireya» de Mistral, su homenaje fue —como en el poema de sangre y floresta— espada y lirio, aroma y coraza. El romántico que toda su vida tembló ante la mujer, concluyó en una síntesis encantadora de gallardía y devoción, ofrendando ardiente y discreto al valor femenino la tersa estrofa de la galantería provenzal.

Pocos días le quedaban de libertad. Continuaba mostrándose, contra el parecer de sus amigos que insinuaban el retiro. Aunque la campaña no había trascendido del marco puramente civil, se pensaba —las autoridades sobre todo— que era el «preludio de la armada» (Demetrio Loza, 1937: 134–139).

El boicoteo, no obstante las denegaciones gubernamentales, y aunque no consiguiera

sus fines, tuvo una repercusión muy dura sobre la vida económica; lo suficientemente dura para exasperar al gobierno, pero no lo bastante para conducirlo a negociar. Muy fuerte en la provincia, mucho menor en México, el boicoteo vino a añadirse a las malas cosechas debidas a las inclemencias del tiempo, al descenso de la producción petrolera, a la mala venta del henequén en el mercado mundial y a la baja internacional de la plata.

Silvino Barba González, gobernador de Jalisco en esa época, describe los efectos de la «drástica y criminal medida», así como la acción de las muchachas de Guadalajara, las cuales, colocándose a la entrada de las tiendas formaban verdaderos piquetes de huelga. En esta situación, y gracias a la organización preexistente de la UP, el movimiento fue el más eficaz; el boicoteo contra el periódico *El Informador* obligó a éste a comprometerse a no atacar la fe y a no deformar la verdad, y la eficacia de las listas negras propagadas por *Gladium* fue tal que la Cámara de Comercio se reunió para negociar con los dirigentes de la UP.

Duramente afectada, la Cámara de Comercio, Industria y Minas de Guadalajara, dirigió al Congreso un memorándum señalando la situación angustiosa de sus miembros, lo que le valió ser expulsada por orden presidencial de la Confederación Nacional.

En Guadalajara, los militantes de la UP, de la U, de la ACJM, de la ACFM, de las Empleadas Católicas de Comercio, se dividían el trabajo en cuatro comisiones: fiestas, comercio, transportes y escuelas, y Guadalajara se convirtió en una ciudad de peatones, una ciudad enlutada, una ciudad paralizada económica y socialmente. 800 maestros de enseñanza primaria dimitieron para no servir al gobierno, y 22 mil niños, de 25 mil en edad escolar, dejaron de ir a la escuela. La UP se encargaba de alojar y alimentar a los maestros dimisionarios, en tanto que el ejército tenía que proteger «La Ciudad de México», gran almacén propiedad de un francés, que se negó a obedecer las órdenes de cierre.

VII

Diciembre 1926: ¡A la guerra!

Dejemos la palabra a quien fue secretario de Anacleto en la UP, Heriberto Navarrete, futuro jesuita:

«Yo estoy convencido de que fue un error de táctica lanzar aquella fuerza al campo de la lucha con las armas en la mano, aunque fuera para reivindicar un derecho legítimo y en forma perfectamente lícita; pero era un campo en que por fuerza debía venir aquella organización sola frente a un enemigo mucho más fuerte en poder militar. Sola digo porque así fue; en el resto del país no había la preparación suficiente para un movimiento de conjunto que era el que ciertamente hubiera derrocado a Plutarco Elías Calles».

Y ahora al entonces muy joven Antonio Gómez Robledo:

«Sucedía además, que los expedicionarios del boicot recibían, ignorándolo el Maestro, instrucciones secretas para preparar el alzamiento en los pueblos. Los 'hombres de las montañas azules' maniobraban en la sombra, y torcida pero fundadamente se atribuía al Jefe lo que se disponía a sus espaldas. El Comandante militar que más tarde habría de asesinarlo, llegó a presentarse en su despacho, y entre un insulto lo amenazó con el fusilamiento. El Maestro sonrió. Al fin cayó prisionero en los momentos en que se preparaba a defender ante los tribunales a unas obreras expulsadas de la fábrica por fomentar el boicot. Se pudo todavía lograr su libertad, pero se comprendió que no era más que una tregua, y de la cárcel marchó al encierro.

«Ya no pudo evitar la tragedia. La más dolorosa, porque era la tragedia interior, el conflicto de sí contra sí, la convicción íntima de que su idea había fracasado. Ya no pudo oponerse al movimiento armado, que bajaba como alud de todas partes. La Liga urgía, los pronunciamientos espontáneos menudeaban. Cada día disminuía el número de los que podían prometerse la victoria a través de la eternidad de la defensa civil. Gandhi contaba con el hieratismo hindú, que atesora paciencia lo mismo para luchar contra el imperialismo inglés, que para ver crecer la planta que guarda el hueco de la mano. González Flores, en cambio veía en torno la bravura alteña, un poco obtusa para comprender el eslabonamiento que un mínimo acto de abstinencia podía tener con la merma de las más graves fuentes de ingresos fiscales, pero arrojada a resolver el agravio a tiros de mausser. '¿Para

qué tanto boicot, cuándo acabaremos así con el gobierno? Primero nos moriremos de hambre los pobres. De una vez vamos entrándole a los trancazos'».

El Jefe comprendió que se encontraba sitiado. Romper el cerco equivalía a desertar cobardemente. De nada servía protestar una y otra vez: «Basta ya de sangre y rebeldía. Nos basta con la fuerza moral». Ni siquiera podría ya creérsele. Como director de los movimientos cargarían sobre él los excesos. ¡Cualquiera iría a discriminar si las chusmas que se pronunciaban lo hacían a iniciativa extraña o movidas por el único capitán conocido y venerado! Para colmo, los adalides de las revueltas resultaban ser en casi todos los casos, los jefes de la Unión Popular. Por eso el vulgo no distinguió. Fue en vano que se gritara en todos los tonos que la Unión conservaría su carácter netamente pacífico, y que como cuerpo no aceptaba responsabilidad de actividades ajenas a sus Estatutos. La musa plebeya, no hecha a semejantes sutilezas, vio en los *cristeros* los frutos lógicos de la organización civil, y cantó en los corridos el alzamiento de la Unión Popular. El lema de ésta se convirtió en bandera de rebelión: «¡Viva Cristo Rey!».

Comprendió más: que el sitio lo consagraba irrevocablemente a la muerte. La vida en el campo era probable, pero en la ciudad era el azar inaudito. Y sin embargo, él no era, no podía ser el hombre de la guerrilla. Aparte la carencia de aptitudes, su vida no tenía más sentido que el de una inmensa autoridad moral, y para conservarla y hacerla fructificar hasta lo último, era preciso no alejarse del centro urbano, así fuese una ratonera. Lo peor: que no habiendo aún general efectivo, él mismo, contra su convicción, contra su vocación, tenía que ser el rector militar de la campaña.

Aceptó su destino. Permaneció y asumió todas las responsabilidades. La disciplina lo hizo erguirse sobre sí mismo y renunciar al programa de toda una vida para naufragar en la aventura. No oculta el presentimiento del fracaso, aunque a casi todos los calle. «Nos dejarán solos», exclama con desfallecimiento.

Nunca es más grande el Maestro que en esta hora en que vuelve grupas a todo su ideal. Todas sus prédicas se convertían en humo, en humo de cartucho. Abandonar su gran ilusión de «la revolución de lo eterno» por un motín incoherente y atolondrado; despedirse del sueño de un pueblo mártir que se deja matar, para encabezar la patrulla que mata; abdicar del heroísmo de la pasividad inmaculada para convertirse a la violencia sangrienta» (Demetrio Loza, págs. 140–141).

Aun cuando en 20 puntos de Jalisco habrían ocurrido levantamientos entre agosto y diciembre, Anacleto no había consentido que se levantara en armas un solo hombre de la Unión Popular.

Sólo a fines del mes de diciembre fue cuando aceptó el recurso a la fuerza decidido por la Liga y leyó a la convención de la UP, reunida en Guadalajara para las elecciones internas: «La LNDLR ordena a sus delegaciones que... organicen inmediatamente un movimiento armado para derrocar al gobierno de la República y salvaguardar por medio de la fuerza las libertades populares».

Anacleto González Flores tenía tres motivos para rechazar la guerra: su experiencia personal, que le inspiraba la más profunda desconfianza hacia la solución violenta, su conducta política, que había dictado su actitud desde hacía 10 años, y consistía en educar a

las masas mientras las enmarcaba para la lucha política pacífica, y la orden imperativa de Monseñor Orozco.

Se resignó, sin entusiasmo, a trasmitir la consigna de la Liga de un levantamiento general para el 1 de enero, porque la presión popular era irresistible, porque la multiplicación de los levantamientos espontáneos y desordenados volvía inútil el debate, una vez que las masas se habían decidido por la guerra, y porque era peligroso y trágico dejar que el gobierno aplastara, uno tras otro, aquellos focos de insurrección. Las promesas que la Liga no cumplió jamás (100,000 pesos inmediatamente, unos millones dentro de la quincena, la toma de Ciudad Juárez, etc.) le permitieron resignarse un poco más fácilmente; no fueron ellas las que lo decidieron.

Que el jefe de la UP tuviera que plegarse a la voluntad de sus militantes lo explica el ejemplo de Santa María del Valle. El pueblo decidió en diciembre preparar el levantamiento y todos juraron «primero morir que negar a Cristo Rey, sin temerle al martirio ni a la muerte del modo que viniese. Tanto hombres y mujeres que estaban en dicha junta acompañaban en llantos y exclamaciones. Unos lloraban porque iban a perderse muchas vidas de sus esposos, hermanos e hijos, pero al mismo tiempo se sentían honrados con sus familiares ya comprometidos en la revolución. ¡Hijos, no sean cobardes, arriba, a defender una causa justa! —esto les decían las madres a sus hijos. Al mismo tiempo que coreaban todos los gritos de Viva Cristo Rey y la Virgen de Guadalupe».

Del manuscrito, 1940, de Heriberto Navarrete transcribo:

«Cuando la Liga se organizó, el Maestro se dio cuenta de las posibles colisiones de derecho que indudablemente surgirían entre ambas instituciones. La UP mantenía unidos en un haz a los católicos de la vasta región occidental; preparándolos para resistir las acometidas del enemigo ancestral. La liga acababa de aparecer pujante, enrolando en sus filas, ya directamente, ya a través de los organismos que le dieron vida a los católicos de todo el país. En acuerdo común, la Unión de Damas Católicas Mexicanas, los Caballeros de Colón, la Confederación Nacional Católica del Trabajo, la Asociación Católica de la Juventud Mexicana y algunas otras uniones y Federaciones ya nacionales, regionales o simplemente locales hicieron solemne pacto de constituirse en organismo único, protestando imponer a sus miembros la obligación de una obediencia rigurosa a la autoridad que debería regir aquella alianza. Por ese solo hecho, la Liga alcanzaba un poder universal que había de trascender a todas las regiones del país. No obstante, la devoción a que llegó en Jalisco la voluntad popular, frente a la figura arrolladora del Maestro era suficiente para romper todas las provisiones de los directores metropolitanos. Contados serían los acejotaemeros de nuestro rumbo que dudaran acerca del partido por seguir, planteado que si hubiera la disyuntiva entre la Unión Popular y la Liga, cada una en plan de actividad diversa. Atento pues a las consecuencias que pudiera tener un distanciamiento de las dos entidades, el Maestro procuró desde un principio influir en los derroteros y decisiones de la Liga; reservándose por algún tiempo el derecho de mantener a la Unión Popular independiente con plena conciencia de que tenía en sus manos la mitad del poder con que se contaba en toda la República para resistir la acometida callista.

—«Si los directores de la Liga, solían decir, echaron por un camino que no pareciera el mejor; ya emplearemos nosotros la fuerza de nuestra organización en el sentido que las circunstancias vayan señalando, sin atender a las exigencias que, de otra manera, pudieran imponérsenos con derecho».

En una palabra, mientras no se definía el problema de la Liga, Anacleto defendió la independencia de la Unión Popular, abrigando la idea de que los católicos de Jalisco, preparados ya con la experiencia de diez años de persecuciones, sirvieran de ejemplo a los de todo el país.

Por su parte, los directores de la Liga no desconocieron la realidad de aquella situación. Trataron con el Maestro concediéndole la importancia que tenía y así fue como la Liga adquirió modalidades muy semejantes, en algunos puntos, a las de la UP.

Adoptados por la Liga los usos de la UP y señalado ya el programa para la defensa de los intereses católicos que en un principio se redujeron al boicot y luto generales, el Maestro incorporó la organización de que era Jefe nato, a la Liga, la cual a su vez designó al Maestro como Delegado Regional y desde entonces el nombre oficial de la UP fue como sigue: «UNIÓN POPULAR DE JALISCO—LNDLR».

Se han ponderado después las consecuencias que tuvo para el movimiento de organización jalisciense esa sujeción del Maestro a las autoridades nacionales de la coalición católica. Yo considero que sólo hubo un momento en que la discordia pudo ser de trascendencia. Es difícil saber hasta qué punto lo previó el Maestro; lo cierto es que llegado el momento, Anacleto hubo de obedecer, contra todas sus convicciones de líder católico. Desgraciadamente, fue esa la ocasión en que estaba de por medio la vida de la organización y del Jefe. Fue cuando la Liga determinó oficialmente lanzarse a la rebelión.

Hasta entonces no se habían presentado sino discusiones accidentales. De un lado, el formulismo oficinesco, urgido con afanes estadísticos informados de la mejor intención; de otro, un pueblo entero unido corazón con corazón a su jefe y marchando en escuadrón cerrado con movimientos que seguían un gesto del Jefe antes que una tonelada de autorizadísimos decretos, acuerdos y circulares.

Llegados al punto de la participación del Maestro en el acuerdo de lanzar al pueblo a las armas, quiero relatar en forma de crónica los hechos de que fui testigo. Pero antes he de adelantar una declaración terminante: cuando digo que el recurso a las armas se votó contra la opinión de González Flores y de sus colaboradores más cercanos, no está en mi ánimo echar en cara a los responsables de tal acuerdo, un desacierto, ni quiero decir que se hayan violentado entonces nuestras conciencias de tal modo que abrazáramos la obediencia de un hecho que nos pareciera menos lícito, si vale la expresión ¡No! Fuimos a la montaña al frente de las huestes de la Unión Popular convencidos de que era un medio lícito de defensa. Nunca los consideramos obligatorios y por eso no tengo empacho en decir que nuestra obediencia fue heroica.

Al decir que seguimos un camino que no era el que se había señalado para la Unión Popular, sólo enuncio una verdad. No juzgo.

¿Era miedo personal lo que determinaba al Maestro a huir de los medios violentos? La

historia rechaza aun la menor sospecha. Fue el grupo más cercano al Maestro, con él, el que se abrazó con más denuedo a su novísima carrera militar. Habría que consultar ejecutorias.

Más tiempo es ya de venir a la prometida crónica.

Una decisión trascendental

En los últimos días de diciembre de 1926 se celebró en Guadalajara, la Primera Asamblea de Jefes de la Unión Popular. La cita se había hecho por medio de enviados especiales y en las instrucciones escritas a los Jefes de Parroquias (éstos eran los que habían de tener representación legal) estaba incluida la prohibición absoluta de comunicar a nadie ni a su propio párroco, el motivo de su viaje a Guadalajara.

Antes de concurrir a la sesión estuve en la casa donde vivía, escondido, el licenciado González Flores y con gran asombro de mi parte, recibí las siguientes declaraciones e instrucciones:

1°. La Liga Nacional Defensora de la Libertad Religiosa ordena a sus Delegaciones que, con los elementos que quieran seguirlas, organicen inmediatamente un movimiento armado para derrocar al Gobierno de la República y salvaguardar por medio de la fuerza las libertades populares.

2° Anacleto González Flores, como Delegado Regional de la Liga, acata la disposición de invitar a los Jefes Locales (eran los mismos que los Jefes Parroquiales de la Unión) para secundar en sus jurisdicciones el movimiento de rebelión contra la dictadura de Calles.

3°. Como instrucción particular recibo la siguiente: Quiere González Flores hacer un esfuerzo por separar dos géneros de actividades. Una cosa será en adelante la organización que se llama «Unión Popular», y otra, completamente distinta, la organización del Ejército Nacional Libertador.

—«Tú», me dijo el licenciado, «vas a seguir manejando, como representante mío, con poderes absolutos, la Unión Popular, manteniéndola TOTALMENTE ALEJADA de las actividades militares. Ya he hablado con el Ing. Salvador Cuéllar y él se encargará de organizar los movimientos armados con los Jefes que quieran y puedan lanzarse, manteniendo, *como representante mío*, el mando supremo militar en nuestra jurisdicción».

Confieso que aquel día por mi habitual facilidad para obedecer y fiarme del Maestro, llegué a creer en la factibilidad del plan.

En aquellos días y dada nuestra inveterada inclinación al recurso violento, fue sin duda una ilusión de González Flores el querer asegurar el futuro de la UP por medio de un distingo de gabinete. ¡Son tan distintos los hombres de carne y hueso! Bastó que un Luis Ibarra, Jefe y Padre iniciador y forjador de la Unión Popular en Cocula, Jalisco; que un José María Huerta, sostén de nuestros grupos en el rumbo de Tepatitlán y que otra docena de caracterizados líderes de nuestra UP lanzaran el grito de rebelión cinco días después

de aquella mi entrevista con el Maestro, para que toda nuestra urdimbre lógica viniera por tierra, arrojada por el instinto popular que cuajó en una cuarteta del corrido que cantaban los «mariachis» en todos los pueblos, antes de quince días:

«Señores, pongan cuidado,
lo que les voy a contar:
Se levantaron en armas
Los de la Unión Popular».

Ante un plebiscito de tal género y alcance, ya podíamos ponernos a enviar circulares a todo el país, explicando la distinción entre «Unión Popular» y «Ejército Libertador».

La lucha pacífica de los católicos no resistió a la prueba de la suspensión del culto público y del cierre de los templos. Los levantamientos espontáneos en el campo, los motines en la ciudad, convencieron a los jóvenes de la Liga de la Acción Católica de la Juventud Mexicana (ACJM), que la lucha armada llevaría a una pronta victoria. Imitaron a los revolucionarios. Justo lo que Anacleto quiso evitar.

Escribe el luchador de izquierda José C. Valadés (1967, 16):

Los obispos, como ya se ha dicho, habían frenado los impulsos rebeldes de su grey, menos porque pretendieran inmiscuirse en ciertos asuntos —como poner en tela de juicio una constitución nacional que todo mexicano estaba obligado a respetar— que por el cúmulo de mortificaciones y responsabilidades a que se iba a exponer su ministerio, a través de los atropellos a los templos y a las dignidades de su Iglesia; los obispos, debe repetirse, habían detenido todas las manifestaciones rebeldes de su grey, que ahora trataban de provocar los jefes de la Liga.

Aquella actitud del deliberado pacifismo cristiano, sin embargo, no podía mantenerse inalterable y por tiempo indefinido. Llegó el momento en que la beatitud episcopal resultó impotente para seguir deteniendo la ira del Partido Católico, que se sentía humillado ante las nuevas y cada vez más fervientes muestras de anticlericalismo de los funcionarios del gobierno, que, sin ninguna necesidad, alborotaban y desafiaban los ánimos hasta de las personas más tranquilas y ajenas a las luchas sociales y políticas.

Fue cuando el sector católico de vanguardia, estimulado por el reto que lanzaba el gobierno revolucionario a la Iglesia, intentó llegar al poder por la vía revolucionaria.

La dimensión religiosa del conflicto lo puso en contacto con el pueblo, tanto las masas rurales como la gente de la ciudad. De ese encuentro surgió la gran guerra de la Cristiada (1926–1929), prolongada por una guerrilla interminable, «la Segunda» (1932–1938 y en algunas partes 1940).

Los cristeros, guerrilleros del campo, no tenían programa sociopolítico. Reaccionaban en legítima defensa a lo que consideraban como una agresión del «mal gobierno». Peleaban la suspensión de la Ley Calles que había provocado la suspensión de los cultos, cosa para ellos imposible de vivir.

Hay un México visible y un México invisible, en particular, el México de la gente de campo, gente que constituye como mayoría «la nación», aunque bien poco cuenta en la dirección del Estado y bien poco es tomada en cuenta por los intelectuales.

La Cristiada es el nombre de esa guerra que sorprende a todos, personas e instituciones; la guerra sorprende al ejército y a su gobierno, a la Iglesia, a los insurgentes mismos que se lanzan sin más preparativos que los necesarios a la buena muerte; muerte que les espera después de la penitencia pública, de la peregrinación y de la súplica, de la procesión y de la fiesta; ya que la guerra está al término de todo eso y es todo eso a su vez. Sobresale la contradicción espectacular que existe entre la lentitud y el estancamiento del conflicto político entre Iglesia y Estado, y el repentino estallido del levantamiento popular y pueblerino. El conflicto político sigue su caminito tranquilo de conflicto político, ignorando todo del volcán subterráneo. Y de repente, ese movimiento revolucionario, ese movimiento popular, estalla imprevisto, inédito, todo a través de todo, inesperado, impreparado, inorganizado ni por los partidos ni por las organizaciones confesionales.

Cuando el Estado acorrala a la Iglesia, en aquel verano de 1926, ésta, antes de que le toque su turno, dobla la apuesta: decide suspender los cultos; campanas mudas, tabernáculos vacíos, liturgia suspendida, vida sacramental clandestina. El gobierno responde a la huelga del culto público con la prohibición de culto privado.

La Iglesia suspende, el Estado impide, el pueblo se encuentra cortado de los sacramentos; no se puede contraer matrimonio, confesar, comulgar. Se tiene que morir como perro callejero, sin una queja, tras una vida miserable. «Más vale morir combatiendo». «No hay mal que dure cien años». «Al que escupe al cielo le cae en la cara».

El pueblo y sus dirigentes viven tiempos diferentes. ¿Especificidad de tiempo o especificidad de clase? La participación armada es el hecho de una coalición multiclasista rural, a la que sólo le faltan los ricos y los agraristas. Imposible, desde luego, suponer en tanta gente una motivación económica común o uniforme. Muchos historiógrafos piensan que los campesinos hubieran tenido que apoyar lógicamente a un gobierno agrarista —aunque se sabe ya que la reforma agraria rara vez en el mundo se hace por los campesinos y para el campesino— y explican su comportamiento «aberrante» por una falta de conciencia de clase o, lo que es lo mismo, por su conciencia de pequeño burgués o por su idiotez, fanatismo, oscurantismo. Pero antes de hacer referencia a ello y al necesario recurso a las armas que va con la mentalidad, tiene que insistirse en la excepcional participación sociológica en la Cristiada; excepcional porque no respeta las barreras de la edad y del sexo, de la conveniencia y de la prudencia. La mujer, como el menor, como el niño y el anciano, participa en la guerra y, en cierto modo, tiene la responsabilidad mayor en su desencadenamiento: instrumento imprudente y ruidoso, en el verano de 1926, de una política de resistencia en la cual los hombres, prudentes porque son penalmente responsables, no aparecen. Por eso Calles no ve más que «ratas de sacristía y viejitos que ya no se pueden fajar los pantalones». Ella empuja luego a los hombres a la guerra.

El que por regla general no participa en la pelea, el que se caracteriza por su resignación, por su marginalidad (anciano, niño, mujer, indio) participa en la Cristiada. Difícilmente se encontraría, salvo en 1810, un momento como éste en la historia mexicana, un momento tan nacional: grupos que se definen por su no participación en una historia que no es la suya, que se hace en su contra (los rurales, en general, las comunidades

indígenas, en particular), grupos que sólo se movilizan por motivos estrictamente locales, participan en el movimiento que lleva, como la presa cuando se rompe, todas las aguas mezcladas: la Cristiada. «Descamisados, huarachudos, gabanudos, comevacas, muertos de hambre», los cristeros se reclutan entre todos los grupos, todas las clases rurales, excepto los hacendados y el nuevo personaje, testigo de la desorganización y reestructuración del mundo rural, rehén, cliente, e instrumento del Estado, el agrarista que se beneficia de una reforma agraria impopular.

Tal unanimismo revela la seriedad de una crisis que mueve a todos los segmentos de la sociedad rural. Cada segmento puede obedecer a variables diferentes y tener intereses divergentes como lo manifiestan los índices de raza, mestizaje, urbanización, densidad, modernización... ¿Cuál es, pues, la variable común? ¿Cuál la contradicción más grande, el aspecto más sobresaliente de la contradicción que enfrenta el Estado (y el grupo que viene detrás) al pueblo rural? La Religión sin duda.

Los cristeros nunca pensaron en tomar el poder y ser el Estado. Mediocremente instruidos en la historia de México como en la de la Iglesia, es decir, en los acontecimientos pasados, inventan por eso con libertad el presente y se permiten el lujo de cometer imprudencias. El recurso a las armas fue una imprudencia que no deseaba Anacleto. La corriente era demasiado poderosa y se lo llevó. Pero él nunca empuñó ni una pistola. No quería matar.

VIII

Testamento político y muerte

Cuando se hubo tomado la decisión de recurrir a las armas, el Maestro convocó a seis o siete de sus fieles y, cuenta H. Navarrete:

«Con algunas muestras exteriores de gran reserva, nos invitó a subir con él a la azotea y cuando estuvo cierto de que nos encontrábamos solos, nos hizo una pequeña plática, más o menos con estas ideas:

«Se habrán dado cuenta ustedes de que nuestra posición de católicos militantes nos ha llevado casi sin sentirlo, a la crisis obligada que necesariamente hará reflexionar a cada uno de nosotros en el alcance que para la propia vida puede tener una determinación actual. La Liga se ha lanzado a la aventura revolucionaria con una determinación que puede ser, más que todo, una verdadera 'corazonada'. Ojalá que la intuición haya sido certera. Por mi parte, sé decir que tengo decidida mi posición personal, que no puede ser otra que la que parece exigir mi puesto: estaré con la Liga y echaré en la balanza todo lo que soy y lo que tengo. Pero me siento obligado delante de ustedes a decir mi mensaje a la posteridad: La Unión Popular no debió ser nunca un organismo cuya misión propia fuera provocar una guerra civil. Mezclados como vais a quedar, demasiado lo sé, en el torbellino de la lucha que recomenzamos hoy acudiendo a la razón de la fuerza, corréis el riesgo de olvidar la doctrina: no es la hoja de una espada el mejor sostén para instituciones como la nuestra. Por encima del triunfo o por encima de la derrota de mañana, tenemos que seguir sosteniendo que el problema de México es problema de cultura, de apostolado, de civilización. Hoy, sin embargo, todo nos empuja a la montaña. Vamos allá. Es mucha cosa la UNIÓN POPULAR para perderla toda en una aventura en que nos van a dejar solos. Dios haga fructificar este sacrificio colectivo».

En este punto enlazó su orientación especial para cada uno de nosotros, con palabras y actitudes que se grabaron en mi alma para siempre:

«De sobra sé que lo que va a comenzar para nosotros ahora es un calvario. Dispuestos hemos de estar a coger y llevar nuestra cruz. A ustedes, los que han querido espontánea-

mente batir la masa y afrontar conmigo las más difíciles situaciones, los he llamado ahora para plantearles con crudeza el problema tal cual es. Si los convido en este momento a continuar la tarea, no quisiera que alguno estuviera engañado acerca del alcance que tiene tal invitación: los convido a sacrificar su vida para salvar a México. Siento la sagrada obligación de no engañar a ninguno, yo, que soy aquí el responsable de la decisión de todos. Si me preguntara alguno de ustedes qué sacrificio le pido para sellar el pacto que vamos a celebrar, le diría dos palabras: TU SANGRE. El que quiera seguir adelante, deje de soñar con curules, triunfos militares, galones, brillo de victorias y dominio sobre los demás. México necesita una tradición de sangre para cimentar su vida libre de mañana. Para esa obra está puesta mi vida y para esa tradición os pido la vuestra».

Sobre un crucifijo juramos guardar el secreto de todo lo que entonces y en adelante supiéramos en el ejercicio de las comisiones que se nos encomendaran.

Unos días después, el 31 de marzo de 1927, Anacleto cayó preso.

«Como a las once se le vio pasar por la alameda, en un automóvil, rumbo al Cuartel Colorado. Como su tierra. La nota rojiza preside nacimiento y muerte. Saludó sonriente. La carne estaba ya de bruces, y el pulso no flaquearía hasta 'alzar la copa al radiante nivel del espíritu'.

«Violando la suspensión federal, las garantías humanas, la humanidad misma, sin farsa siquiera de juicio, el militar ordena su muerte. Es lenta y terrible, con lentitud de oriental, con terror refinado. Se le suspende de los pulgares, se le azota. Se quiere arrancarle su secreto: las guaridas de ilustres ocultos. El hombre que ha vivido por la palabra va a morir por el silencio. Empiezan a hundirle por la espalda una bayoneta. La hoja se hinca blandamente, pero la revelación no surge. Corta carne, pero no verbo. Jadeante en el suplicio, pero irradiando imperturbable hombría. Ante el mutismo heroico, el verdugo ordena al esbirro: 'pica, más, más'. La hoja describe incisiones cada vez más amplias y profundas. Llega la daga al corazón. Cae para no levantarse más.

«Muere a los treinta y ocho años, a mediodía —vida y jornada—, en viernes primero y en primavera.

«Son fusilados a la misma hora Luis Padilla y los hermanos Jorge y Ramón Vargas González, cómplices y encubridores» (Demetrio Loza, 1937, 154).

Uno de los últimos artículos de Anacleto González Flores había sido dedicado a Sócrates y Antonio Gómez Robledo lo transcribe en parte con una presentación iluminadora:

Las líneas transcritas envuelven una humilde y sutil autocrítica. Como pertenecientes a sus últimos escritos que van marcados todos de un hondo sello de autobiografismo, son el signo de un paralelo encantador e imborrable. Sócrates —tómese el nombre, más que como vocativo propio—, como tipo ideal esbozado en los «Diálogos» —es el símbolo más brillante de la actividad magisterial de Anacleto González Flores.

No es posible leer las siguientes palabras de Jenofonte sin que al punto resalte una vigorosa semejanza: «Se puede decir que toda su vida era pública. Ordinariamente, hablaba en público y lo podía escuchar quien quisiera. Pero nunca se vio en Sócrates una acción

contraria a las leyes humanas y divinas, nunca se oyó de él una palabra descompuesta. Era un modelo de propio dominio en lo que toca al apetito sexual y al comer y beber. Ceñía tan bien sus necesidades, que hallaba fácilmente lo que necesitaba por pobre que fuera. No desatendía el cuerpo, pero no tenía amor ninguno a las comodidades ni vanidad en su vestido. Para conservar su independencia, no admitía dinero de los que le buscaban. Había habituado su cuerpo y su alma a un orden tal, que quien lo adoptare puede vivir libre de solicitudes y peligros, sin verse en apuros por grandes gastos. Vivía tan económicamente, que no es posible que un hombre gane tan poco con su trabajo que no bastara para Sócrates. Cuando admitía una invitación para un convite le era fácil librarse de plétora, cosa que otros no logran sino con gran dificultad».

Ante todo, la humilde extracción social. El hijo del rebocero y de la hija de un matancero de rastro recuerda al hijo del escultor y la comadrona. En ambos el tema del taller paterno adherido a la vida. Ninguno de los dos pierde jamás el contacto con el pueblo. Su magisterio tiene algo de trashumante, de vagabundo, sabor de auténtica bohemia. En camaradería con herreros, curtidores, albañiles, en suburbios y patios de vecindad. Los más graves temas los abordan —piedra de escándalo— con un vocabulario rastrero y obreril; hablan de la lezna, del escoplo y de la fragua. Quien conoce a González Flores sólo por sus artículos plagados de citas eruditas, no podrá imaginárselo perorando a los obreros, desgarbadamente apoltronado en un equipal, dejando caer pausadamente sus cuentos, sus imitables cuentos rancheros el del cantarito, el del Jococón, el del orégano, el del mandil nuevo, acompañados de estupendos visajes, como en aquella su soberbia parodia del cucho, y su dilatada risa estremeciendo la fuerte barrera de dientes.

Sócrates y los socratizantes no enseñan nada propiamente porque preparan para todo. La famosa «mayéutica» socrática es el arte de saber suscitar las capacidades latentes del discípulo, una ayuda al parto espiritual, como de sí mismo afirmaba el hijo de la partera. Como el ateniense, ¿no concibió el de Jalisco la creación como un incesante dar a luz, con todos sus espasmos y goces? ¿no desplegaba la ilusión de que cada palabra, cada libro, fuese renovado y transformado «en la sangre de nuevos e inesperados alumbramientos?». «Todo lo creado, sobre todo el hombre, se halla en un estado de perpetuo y sangriento alumbramiento. Lleva clavados los garfios implacables de múltiples partos».

El «conócete a ti mismo» es el principio y el fin de la mayéutica. «No soy más que un herrero forjador de voluntades», dijo infinitas veces González Flores. Y más explícitamente, con la mirada fija en el modelo: «El aprendizaje tiene todo el alcance inmenso de una revelación. No es ni ha sido otra cosa. Sócrates no se jacta, como maestro, de ser un creador; solamente un revelador. Y esto —revelar, descubrir hasta tocar huesos y entrañas de destinos, sea de hombres, sea de pueblos— es el aprendizaje. Y juntamente con esto es el arranque de la victoria hacia el ser» (Demetrio Loza, 1937, 120–121).

IX

Imágenes de la Cristiada


VIVA CRISTO REY
EJERCITO
LIBERTADOR
1927.

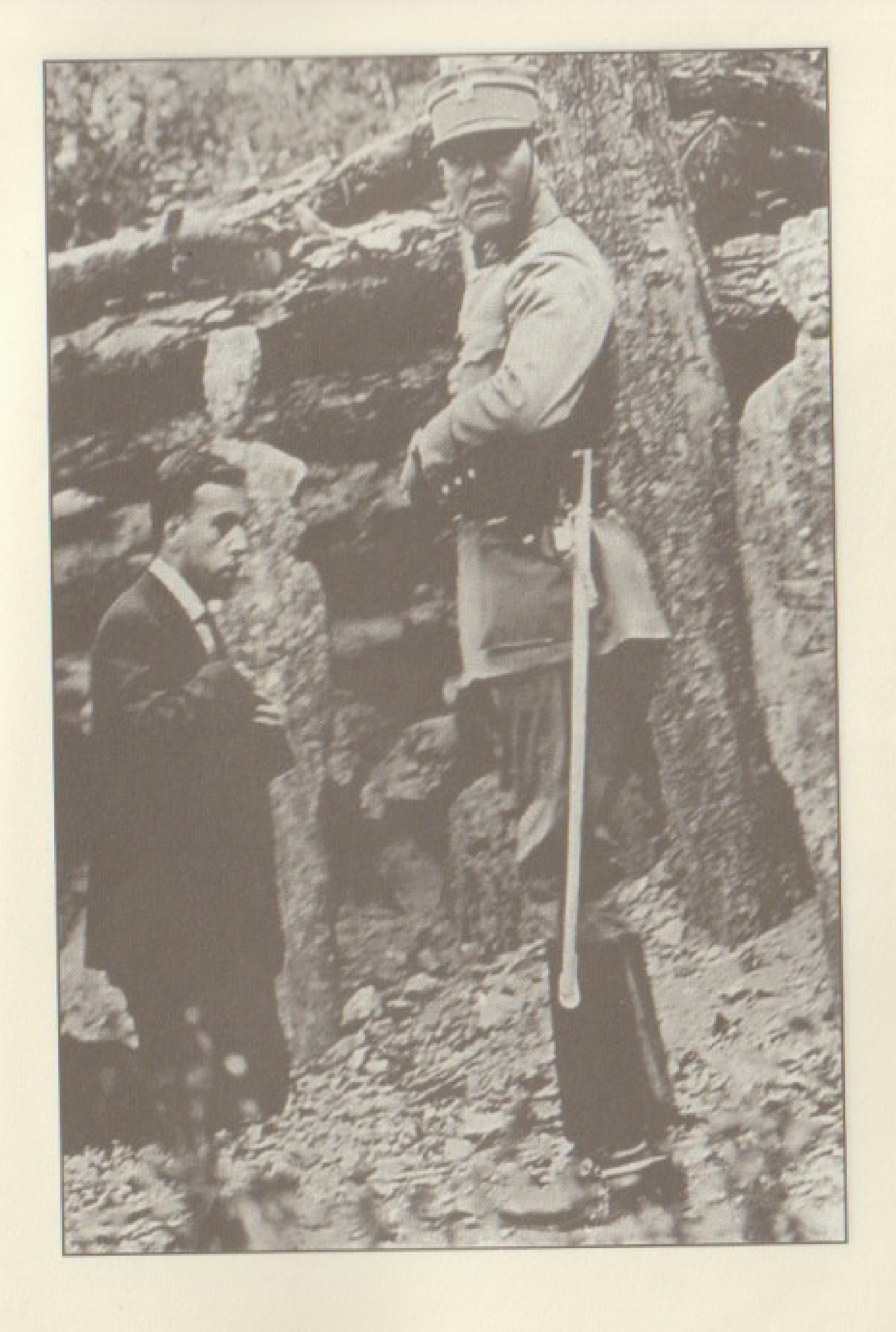
¡¡Viva Cristo Rey!!

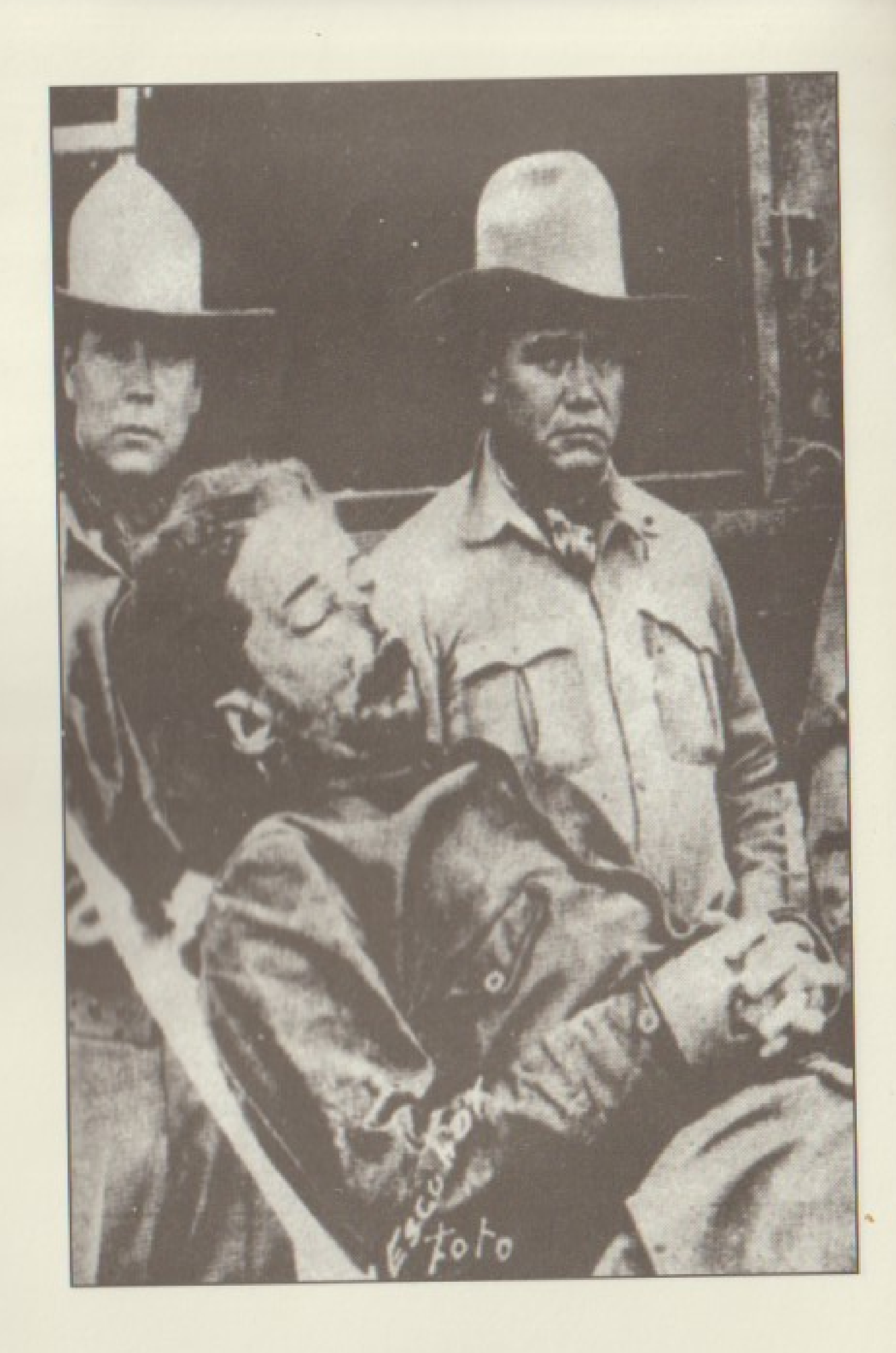
ORACION

Dios Omnipotente y Misericordioso que habéis concedido a vuestros siervos la gracia de dar su vida confesando nuestra Sta. Fe y proclamando la Realeza de vuestro Hijo Unigénito Ntro. Señor Jesucristo; os suplicamos, si es para gloria vuestra y bien de las almas, hagáis que los nombres de los Mártires Mexicanos de Cristo Rey sean inscritos en el número de los santos. Y como testimonio de que nuestra oración ha sido escuchada, concedednos Señor por intercesión de vuestros siervos el triunfo de la Iglesia, gobernantes según vuestro Corazón y el remedio de la presente necesidad.



El arzobispo de Guadalajara
Francisco Orozco y Jiménez

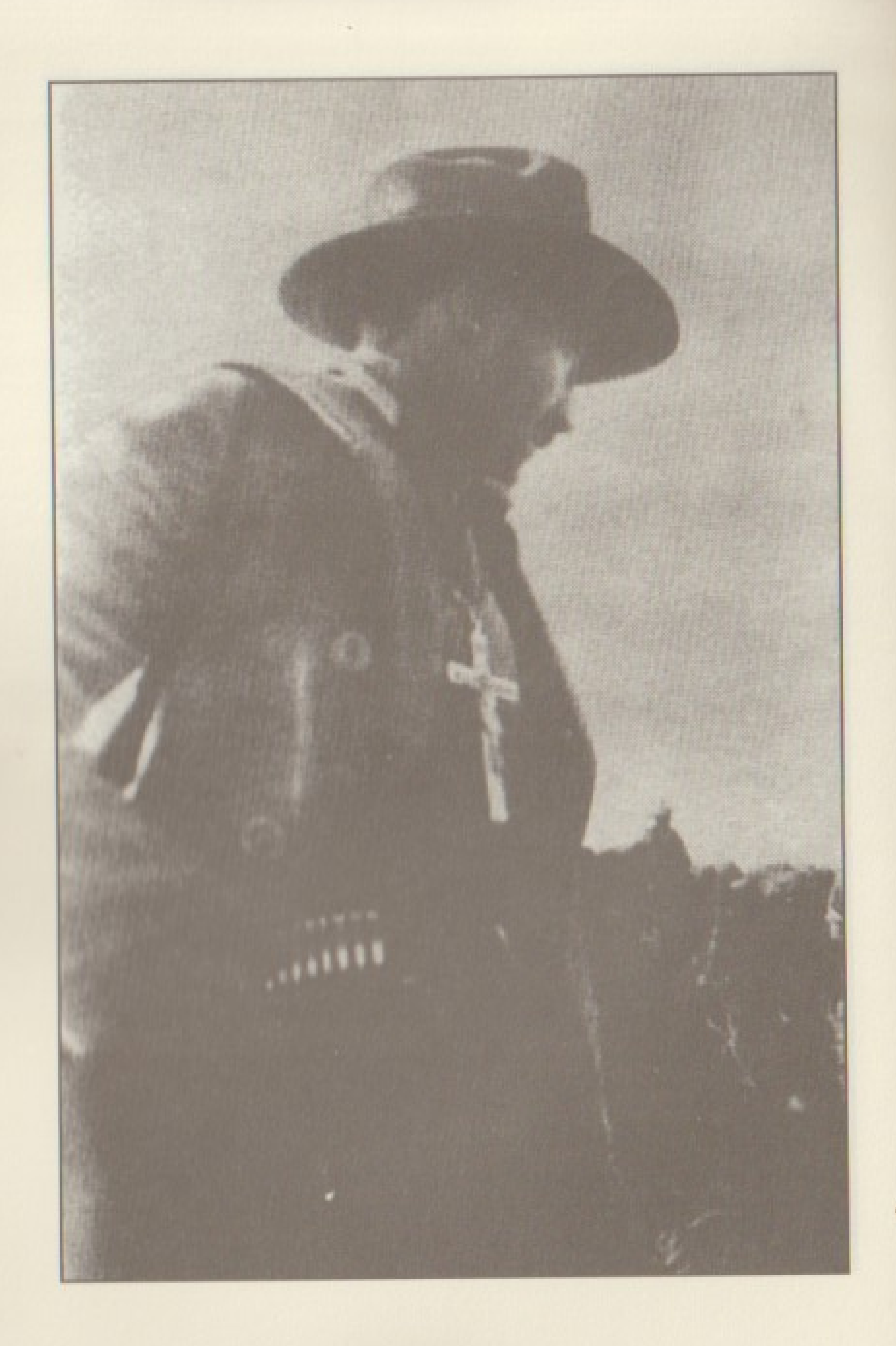



Foto

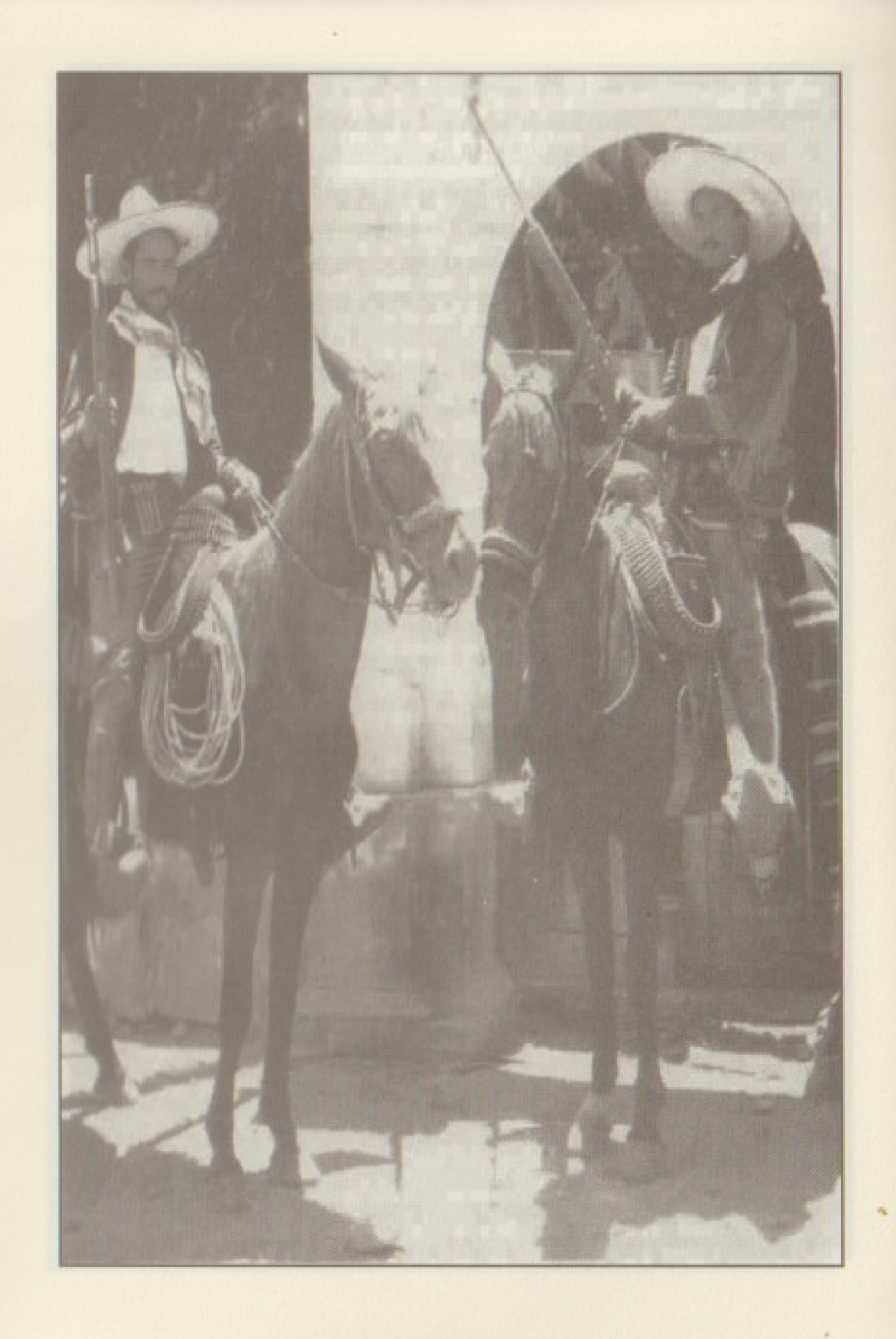


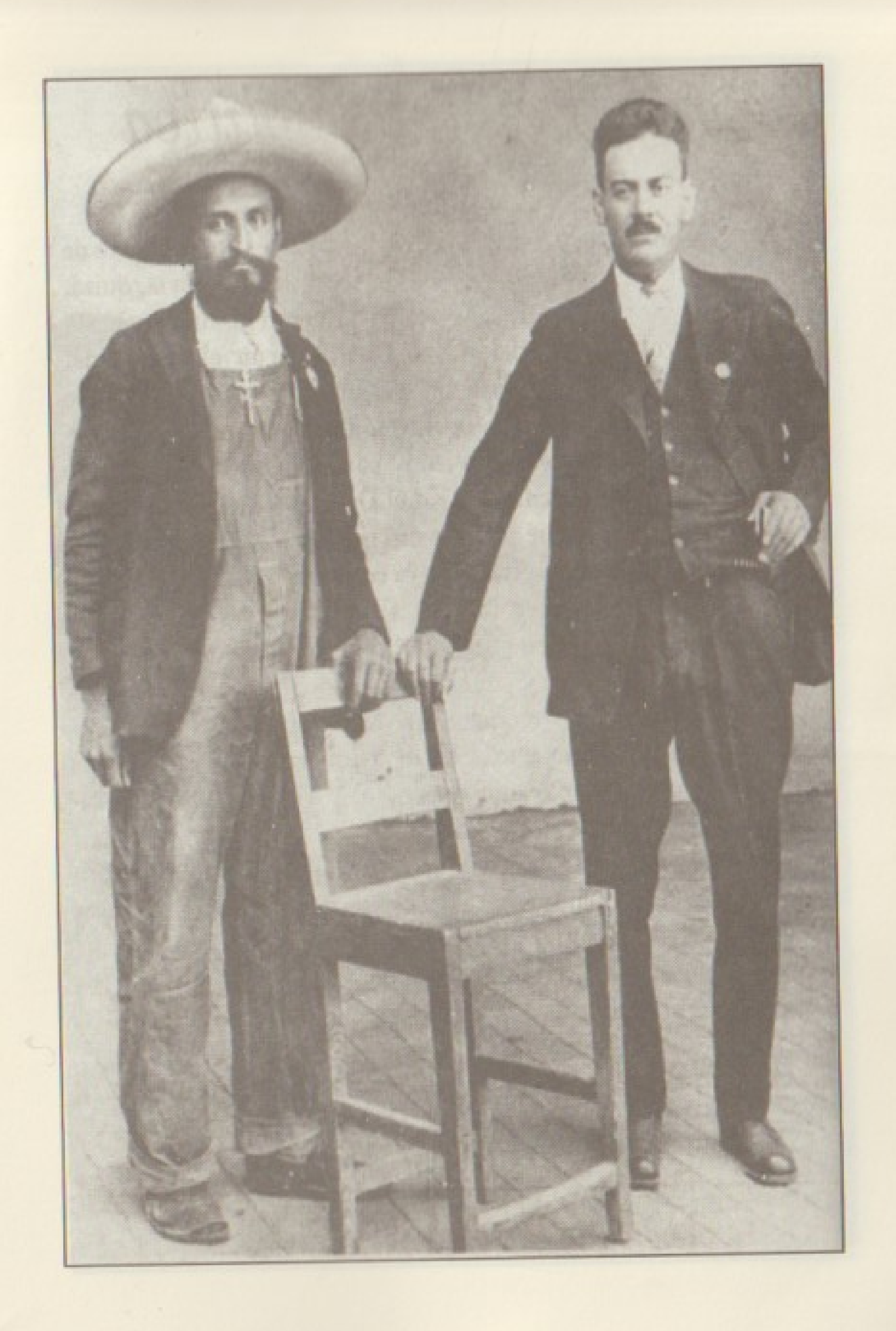


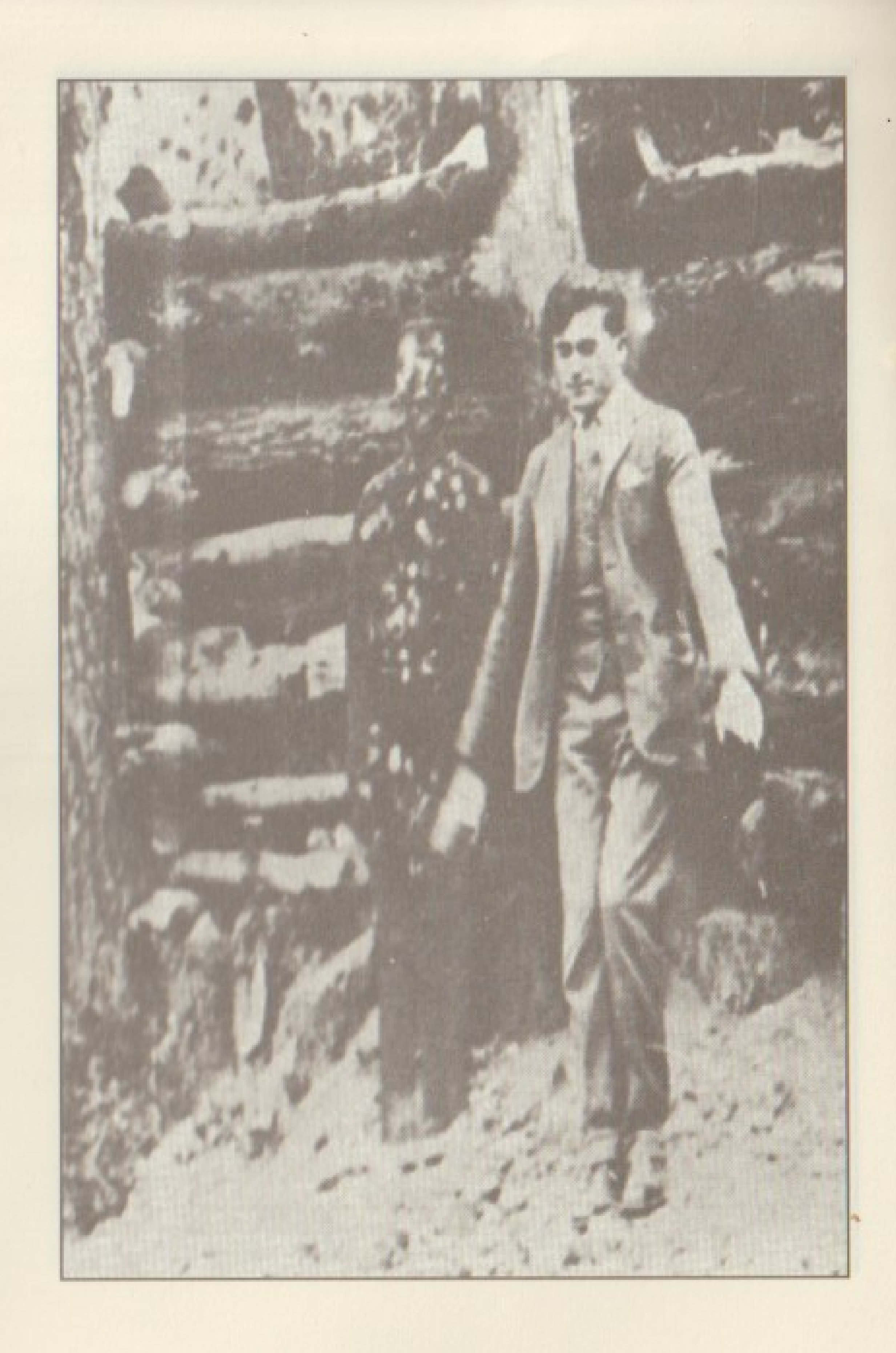


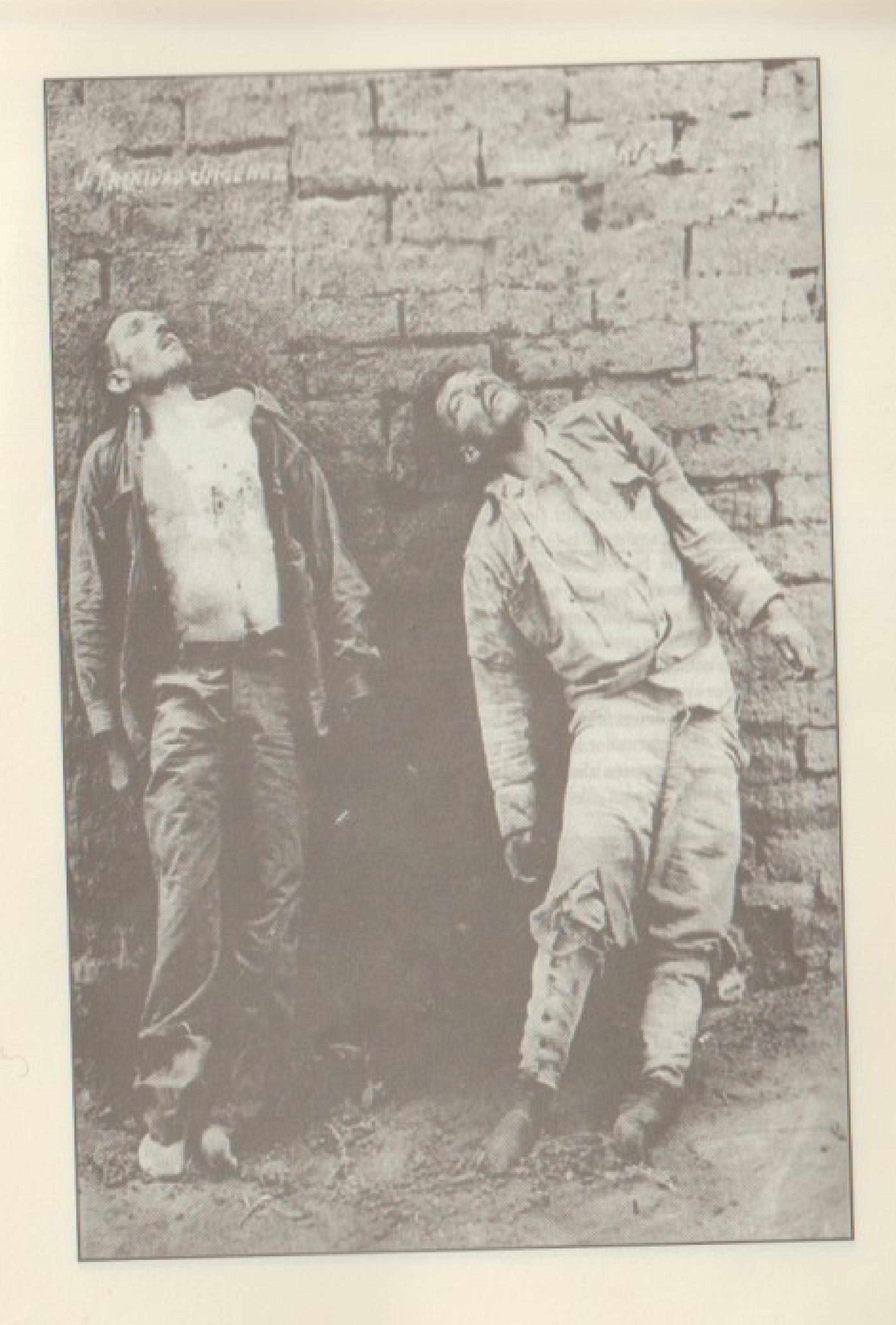



EJÉRCITO RECONSTRUCTOR RELIGIOSO
VIVA CRISTO REY.

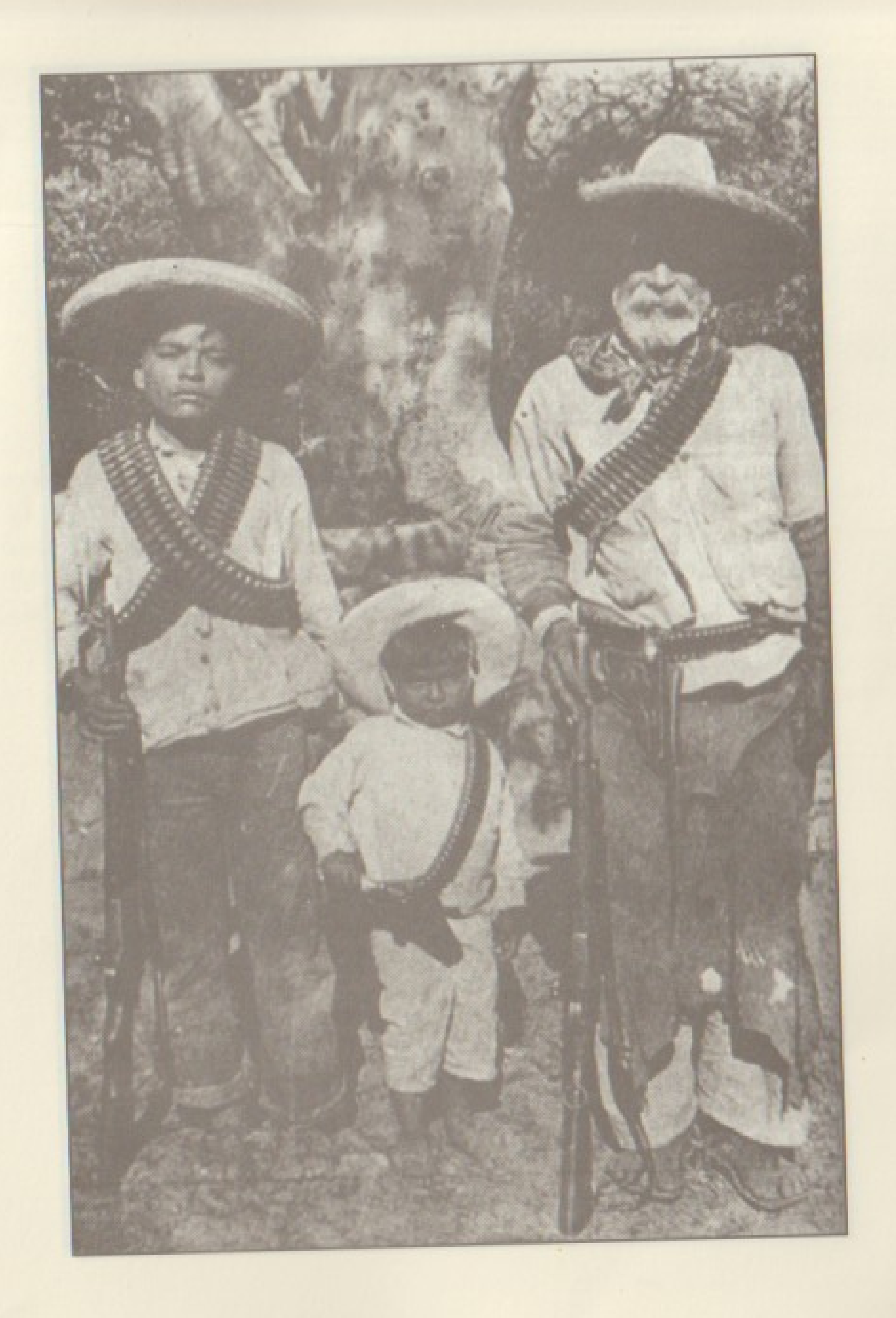






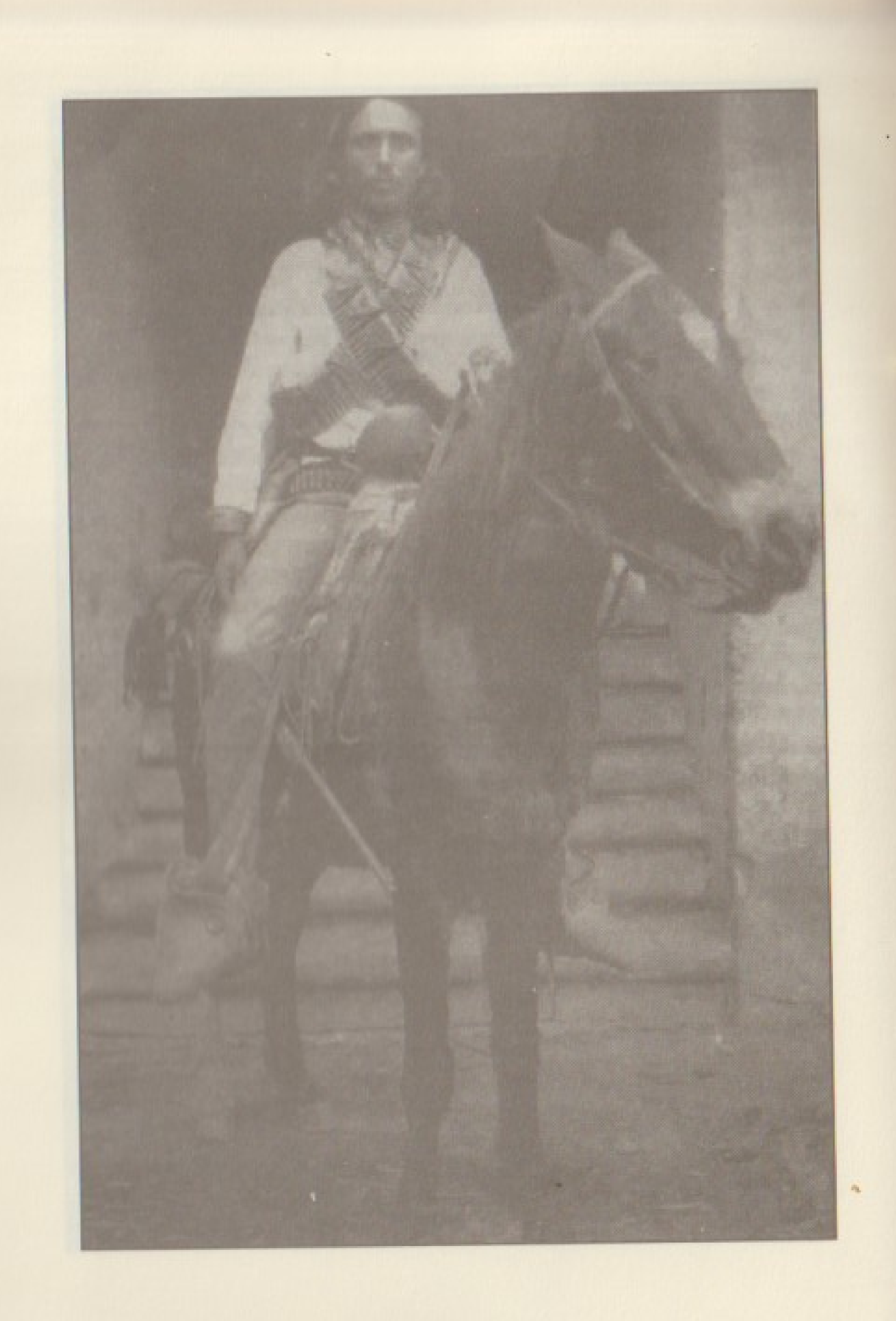







del Reg.
"Castañon"





BIBLIOGRAFÍA

por orden cronológico

GONZÁLEZ Flores Anacleto, La *Palabra*, periódico editado en Guadalajara en 1917-1919, reedición facsimilar, Guadalajara 2002, con una introducción del P. Tomás de Hijar Ornelas. El editor es el P. Abel Castillo.

— *Gladium*. Periódico 1925-1926.

— *El plebiscito de los mártires*, México, 1930, s.p.i. (antología de artículos y discursos).

Beltrán Luis (posiblemente), *In Memoriam*, 1928 (folleto reproducido al principio de este libro).

LOZA Demetrio, (seud. de Antonio Gómez Robledo), *Anacleto González Flores, el Maestro*. Ed. Xalisco, México, Guadalajara, 1937.

GÓMEZ Robledo Antonio, *Anacleto González Flores, el Maestro*, Ed. Jus, México, 1947 (con alguna autocensura)

NAVARRETE Heriberto P. SJ., *Por Dios y por la Patria*. Ed. Jus, México, 1960 (el manuscrito es de 1940).

MEYER Jean, *La Cristiada*. Ed. Siglo XXI, México, 1973–5 (2000, 20ª. edición) 3 tomos.

La Cristiada (fotográfica), Ed. Clío, México, 1997.

Anacleto González Flores. El hombre que quiso ser el Gandhi mexicano
Jean Meyer, compilador

Este libro se logró imprimir gracias al apoyo de **Laboratorios Julio** de Guadalajara

Se terminó de imprimir
en agosto de 2004
en los talleres de:
Editorial Emprendedores Universitarios
Av. La Paz 1430, Col. Americana,
C.P. 44160, Guadalajara, Jal.
Tels./Fax: (33) 3827-1796
E-mail: euniversitarios@megared.net.mx

La edición consta de 5,000 ejemplares

Impreso en México
Printed in Mexico